

Amor en maniobras



CHARITO LEONIS
CASTEL RODRIGO

CASTRITO
ROBERTO FONS



ediciones castagn



Amor en maniobras

Argumento de la película

QUIÉN ME COMPRA UN LÍO

Amanecía en aquella bella ciudad provinciana y los primeros albos del sol empezaban a poblar sus calles con esos habitantes de dos pies y cuatro patas, cabreros y cabras, que son como el anuncio de la luz.

Algunas vecinas madrugadoras fueron abandonando sus viviendas para ir a decir sus preces rosariadas al pie del Cristo milagroso o de la Virgencita que todo lo cura.

Y allá, en uno de los extremos de la urbe, como rimando el compás de los gallos mañaneros, dijeron las cornetas del cuartel de caballería el toque alborozado de día-na.

Abrióse el portalón gigantesco del monumental edificio y salió el

pelotón a relevar la guardia, mientras entre dos quintos sacaban a la puerta el banco indispensable de las guardias *agitadas*, ese banco que sabe de las siestas de carnero, antes del rancho, y de las que podríamos llamar las post-siestas o las siestas eternas, que se empalman unas a otras en el cauce sin fin del aburrimiento.

En el interior del cuartel la vida tuvo sus manifestaciones ruidosas al compás de las trompetas, y hombres y caballos expresaron su alborozo con gruñidos de diversas tonalidades.

Más afortunados los hombres, abandonados los camastros y liado el petate, tuvieron la suerte de salir al exterior a gozar de las delicias

de una mañanita abrilcña que da-
ba gozo.

A poco, el cuarto de duchas sen-
tía estremecerse sus paredes enla-
drilladas, con gritos de alborozo y
protestas airadas de los que, a juz-
gar por los aspavientos, comulgaban
con aquel que un día dijera:

"Bueno es el vino,
cuando el vino es bueno,
mas cuando el agua
es de una fuente
cristalina y clara...
¡mejor es el vino...
que el agua!...

Dijéralo sino el pobre Antón, el
quinto más quinto de todos los
quintos, a quien manos aviesas ha-
bían enjabonado hasta la raíz de
los cabellos y que rugía como un
energúmeno, escocidos los ojos y
gustando su boca el sabor acre del
jabón.

Entretanto, allá en el patio am-
plio y soleado, el sargento Garrido,
un mocetón como un castillo, de
patillas de hacha y mostachos reta-
dores, *pelucba*, dándose a todos los
diablos, con un pelotón de quintos
que le hacían sudar el quilo, aun
cuando refrescaran el ambiente las
auras del amanecer.

—¡De frente!... ¡Media vuelta!
¡Ar!...

Conocedor del oficio y de los *ofi-*

ciales, el sargento Garrido no indi-
caba si la media vuelta había de
ser a la izquierda o a la derecha.

Les dejaba hacer su santísima
voluntad, seguro de que, después
de todo, había de ser lo mismo...

—¡Alto! —gritó al fin con voz
estentórea.

Esta voz la entendieron mejor
que las anteriores.

Alto, esto lo sabían bien, quería
decir pararse, dejar de marcar el
paso, de hacer movimientos bruscos
con el cuerpo, para mantener la
vertical.

Paróse el pelotón y aun oyóse
otra vez la voz irritada del sargento
Garrido:

—En su lugar... ¡descanso!

Y cuando, mal que bien, *descan-*
saban en su lugar, y el sargento Ga-
rrido se limpiaba el sudor que em-
pezaba a marcar vertientes en su
rostro, se presentó el capitán de su
compañía, que le interrogó con
aquel autoritarismo que con sus
bigotillos retorcidos formaba una
parte sobresaliente de su individuo:

—¿Son éstos los quintos nue-
vos?

—¿A la orden, mi capitán! Sí,
señor... Son los quintos que llega-
ron ayer—contestó, cuadrado como
un quinto más, el sargento Garrido.

—Conque nuevos, ¿eh?

—Sí, mi capitán. Precisamente

en este mismo instante iba a pasarles lista.

Y, efectivamente, sacando de uno de los bolsillos de su chaqueta un papel doblado en cuatro dobleces, empezó a llamar, mientras el capitán se alejaba del grupo, como temiendo a algún peligroso contagio:

—¡Remigio González!

—¡Presente! — contestó una voz aflautada desde el extremo de la fila.

—¡Antolín Requena! — siguió el sargento.

—¡Pre... sen... te...! — contestó un tartamudo *legítimo*, después de unos esfuerzos mayores que los de Hércules, al llegar al trabajo número doce.

Y así, con una gama de diapasones que pondría escalofríos en el alma delicada de un purista, fueron contestando aquellos badulaques a la llamada de su sargento, que en aquellos momentos era para ellos algo más fiero aun que Júpiter tonante.

—¡Canuto Pérez! — llamó Garrido, respirando fuerte por haber llegado al final de la lista.

Pero esta vez, los quintos miráronse unos a otros, con cierta curiosidad, y permanecieron en un mutismo que hizo fruncir el entrecejo al sargento:

—¡Canuto Pérez! — repitió con voz de trueno.

Pero esta última llamada, a pesar de haber resonado en el patio como si fuera la trompeta del juicio final, no obtuvo mejor contestación que la anterior.

Soló Garrido un taco rotundo y dijo a media voz, martilleando las sílabas con una ira que hubiera puesto carne de gallina al aludido, a haber podido llegar hasta él la palabreja:

—¡Un prófugo! ¡Maldita sea!...

Pero como sus lamentaciones no habían de tener el mismo éxito que la llamada de don Juan Tenorio a la sombra del bueno de don Gonzalo de Ulloa, añadió, incontinentemente, con su voz más de mando y más agria:

—¡Rompan filas!

Y cuando los últimos restos del pelotón desaparecieron de su vista, el sargento Garrido cruzó el patio y fué a detenerse ante una serie de mecedoras en las que la oficialidad del escuadrón cambiaba sus primeros saludos y se disponía a dar sus primeras órdenes.

—Mi capitán—balbuceó un poco molesto Garrido—, uno de los quintos nuevos no se ha presentado a la lista.

—¿Un prófugo? — preguntó el capitán, frunciendo las cejas.

—Sí, mi capitán.

—¡Démontre! Que se instruya expediente inmediatamente... ¡Maldito engorro! ¡Era lo único que nos faltaba! ¡Un prófugo!

No sabemos hasta dónde habría llegado en sus lamentaciones el irritado capitán a no haber llegado en aquel momento hasta el grupo el teniente Alvaro Medina, uno de los oficiales más simpáticos y más queridos del escuadrón.

Era Alvaro de Medina, el don Juan del escuadrón.

Joven, apuesto, rico, simpático, su aureola de conquistador le había colocado en posición envidiable entre sus compañeros, todos o más curtidos o más incapaces en estas lides en las que no es el valor el elemento indispensable para triunfar.

—¡Hola, Medina! — le dijo el capitán—. ¿Ya de regreso?

—Sí, mi capitán.

—¿Alguna nueva aventura? — preguntó un compañero, con una sonrisilla maliciosa.

—Una aventura, sí... pero la última—contestó Medina con un tono de voz tan serio que los compañeros le miraron con sorpresa—. Sí... Me caso... Se acabaron los trapicheos... de una vez para siempre...

—Y lo de Trini, ¿también?

preguntó con sorna uno de los oficiales.

—También — concedió, sonriente, Medina—. Aquello acabó para siempre.

—¿Para siempre? — inquirió el capitán, retorciéndose su bigotillo sedoso.

—Sí, mi capitán... Fué cosa fácil... Cuatro palabras a tiempo... y unos billetes. Trini es de las que se conforman con todo, habiendo dinero por en medio...

Bien ajeno estaba el teniente Alvaro de Medina, cuando se separó de sus compañeros, después de aquel entierro de primera de sus últimos amoríos, de que a unos pocos metros de distancia le esperaba el compromiso más grande de su vida de soltero en forma de una espléndida morena, de ojos acariciadores, tez aterciopelada y cuerpo ondulado que era una tentación enroscada y que fué a darse con él de manos a boca, en uno de los corredores cubiertos del cuartel.

—¡Trini! — gritó casi Medina, sintiendo que sus pelos se ponían de punta y recorría su cuerpo un escalofrío—. ¿Tú aquí?

—La misma que viste y calza—contestó la aludida, mostrando al sonreír una doble hilera de dientes

apretados, de una blancura extraordinaria.

—Pero... ¡yo te hacía en Madrid!

—Y allí estaba, pero me salió una contrata para aquí y no era cosa de desperdiciarla y mucho menos—añadió con lagotería—estando tú aquí... Aunque tú lo acabaste... el rescoldo aun queda...

Aunque en el fondo no le hacía mucha gracia la presencia de Trini, la bailarina, su *gran* amorío de los últimos tiempos, Alvaro disimuló su disgusto y aun lo disimuló complacido, porque Trini era un bocado exquisito y sus recuerdos no debían de ser muy desagradables para el teniente conquistador.

Por un momento olvidó su nuevo compromiso y aun sus promesas de renunciación y envolvió a su antigua amante en una mirada acariciadora.

Pero de aquella especie de éxtasis vino a sacarle la presencia del sargento Garrido, que al acercarse a ellos se creyó en el caso de simular una tosecilla importuna, por si había que poner a alguien en guardia.

Apenas había puesto en práctica esta su estrategia ejemplar el bueno de Garrido, cuando vino a juntarse al grupo el capitán, que dió un respingo al ver a Medina en tan grata compañía.

El teniente, sorprendido infraganti, no sabía cómo salir de aquella situación apurada.

Pero, ¿para qué estaba allí el sargento Garrido?

Este, que no acertaba a comprender el porqué del azoramiento de su teniente y que lo atribuyó al lugar en que se hallaba en conversación con una dama, creyó haber dado con la solución oportuna y, adelantándose a las excusas que ya balbuceaban los labios temblorosos del oficial, dijo con presteza:

—Mi capitán, es la futura esposa del teniente Medina...

¡Y lo mejor del caso es que el bueno de Garrido lo creía a pies juntillas!

—¡Señorita!... — murmuró, inclinándose, el capitán, al que empezaban a abrasar los ojos de Trini, la bailarina.

Pero ella, en vez de apresurarse a deshacer el entuerto, prestóse complacida a la broma y aun añadió a la afirmativa algunas palabras cariñosas para su futuro, que no sabía dónde meterse.

—Señorita... ¿Usted no habrá visto visto nunca un cuartel? — preguntó, solícito, el capitán.

—La verdad... no. Y debe de ser curioso...

—Curiosísimo — contestó, deritiéndose materialmente, el capitán—, y como su futuro esposo está

hora de servicio y no puede hacerle los honores, si él me lo permite... y usted consiente... puedo servirle yo mismo de guía...

—¡Encantada! ¿Qué te parece, Alvaro? — contestó, picaresca, Trini.

—Como quieras... Yo... me parece... —balbuceó Medina, sin saber lo que decía.

Pero ya el capitán no le oía y ofreciendo su brazo a la *dama*, y antes de que Alvaro acabase su peroración, desapareció con ella patio adelante...

Medina los vió alejarse, consternado.

—¡Demonio! ¡En menudo lío me he metido! —murmuró para sí, sin atreverse por otra parte a explicar al sargento aquel equívoco—. ¡Con tal de que esto acabe bien!

.

¿Acabar bien?

¡Sí, sí!

¡Menudo vendaval se le venia encima al teniente Medina.

Precisamente en el mismo instante en que el capitán de su compañía cruzaba el patio del cuartel, contoneándose por llevar del brazo a aquel cachito de cielo con ojos negros, llegaba a la puerta del edificio Charito Sotomayor, la *verdadera* futura esposa del teniente Al-

varo de Medina, acompañada de su *carabina* inglesa.

Era Charito una rubia deliciosa, como de unos veinte años, con carita de niño travieso y una sonrisa en sus labios rojos, que cuando se plegaba picaresca, parecía que estaban repicando a gloria todas las campanas de la villa.

—Puede usted retirarse ya, miss Brown—dijo Charito a su acompañante al hallarse frente al centinela—. Alvaro, que está ahí dentro, me acompañará luego a casa...

—Usted creer... —trató de excusarse la carabina.

—Sí, mujer. Puede marcharse tranquila... —afirmó la de Sotomayor.

No se hizo repetir la invitación su acompañante y a poco renqueaba, alejándose del cuartel.

Charito, sin vacilación alguna, acercóse al cabo de guardia y preguntóle si estaba en el cuartel el teniente Medina.

A la respuesta afirmativa, adentróse Charo en el enorme edificio y quiso su suerte—¿buena? ¿mala?—que la primera persona con quien se tropezase de manos a boca fuese el sargento Garrido, a quien dirigióse la joven sin vacilaciones, preguntándole:

—¿Está en el cuartel el teniente Medina?

—Sí, señorita — contestó, bastante sorprendido, Garrido—. ¿Qué le quiere usted? — añadió, algo amoscado.

—Dígale que salga...

Garrido tardó un momento en contestar.

Acababa de ocurrírsele una idea luminosa.

¡La mujer que tenía delante no podía ser otra que Trini, la bailarina!

¡Apostaría hasta sus patillas... que era lo que más quería de su individuo, el bueno del sargento!

¡Para que se la diera a él aquella lagartona!

CANUTO PEREZ, EL PRÓFUGO

Creiendo que Charito no era otra que Trini, el sargento Garrido retorcióse el higote con aire de perdonavidas y mirando a ojos guiñados a aquella preciosidad que tenía enfrente la dijo, azucarando todo lo posible la voz:

—¿Usted es de Madrid?

Miróle un tanto sorprendida Charito y contestó al fin con un acento que estaba oliendo a siete leguas a la Arganzuela:

—¿En qué lo ha conocido usted?

—En nada... En el aire...

—Pues, sí señor. Soy gata. ¿Qué pasa?

Estiróse las bocamangas de la guerrera el sargento Garrido y, procurando hacerse el tremendo, contestó como un escopetazo:

—¡Que ya se está usted largando de aquí, pero que ahora mimito, prenda!

Charo Sandoval se le quedó mirando con la boca abierta, y cuando la sorpresa le permitió articular dos o tres sílabas seguidas sin tomar aliento, contestó:

—¿Que... que me vaya? ¿Y por qué? ¡Usted no debe saber quién soy yo!

Se rió suficiente el galoneado.

—¿Que no lo sé? ¡Amos, anda!

—¿Cómo se entiende?—interrogó, indignada, Charito—. ¡Sepa usted que soy la futura esposa de su superior!

—¿De mi superior?

—Sí, señor; del teniente Medina.

Una carcajada burlona fué la primera contestación de Garrido.

¡La futura esposa del teniente Medina... aquélla!

¡Buena lagartona estaba hecha aquella Trini, la bailarina, a pesar de su carita de mosquita muerta!

—¿Usted la futura esposa de mi teniente?

—La misma que viste y calza—contestó Charito, que creyó haberle dejado de una pieza.

—¡Pero si eso no puede ser!—protestó Garrido.

—¿Cómo que no puede ser?—inquirió Charito, agresiva.

—Como que no... Si la futura esposa del teniente Medina está hace ya un rato en el cuartel y ahora mismo lo recorre de punta a punta con el capitán...

—¿Qué dice usted? ¿Que ha venido una futura... es decir, otra futura esposa de Alvaro? —gritó, descompuesta, Charo, a tiempo que aparecían en sus ojos azules unas lágrimas rebeldes—. ¡Ahora mismo me va usted a traer al teniente...

o voy yo misma a buscarle esté donde esté!

Garrido tuvo miedo por primera vez en su vida de bravo uniformado y trató de calmar por todos los medios a aquella deliciosa tigresa.

—¡Cálmese usted, mujer, que ahora mismo voy a por el teniente!...

Y sin querer meterse en más averiguaciones echó a correr pasillo adelante y segundos después estaba de regreso con el mismísimo don Alvaro, que se quedó de una pieza al hallarse ante su novia, ante su verdadera novia, la monísima Charo Sotomayor, con quien debía contraer muy en breve matrimonio.

—¡Tú! ¡Tú aquí!—exclamó, corriendo hacia aquella muñequita, tendiéndole las manos afectuosamente.

Pero su gesto amical fué rechazado de pleno, con un verdadero bufido.

—¡Aparta! ¡No me toques!

—Pero, mujer...

—¿Conque tienes aquí a otra mujer? ¿Y eras tú el que me decía que todo tu pasado jaranero se había acabado para siempre?

—Pero ven acá, chiquilla... Yo te explicaré... —trató de cortar Medina.

—No tienes que explicarme na-

da... ¡No quiero oírte!... ¡Entre nosotros todo ha terminado!

Y antes de que Medina hubiese logrado retenerla, echó a correr pasillo adelante como alma que lleva el diablo.

—¡Valiente compromiso se le ha echado a usted encima, mi teniente! —se lamentó Garrido—. Su novia aquí... y ahora esa mujer, para acabarlo de arreglar...

Medina, que estaba como vulgarmente se dice con el agua al cuello, se quedó mirando, alelado, a su subordinado.

—Y gracias a que yo estoy aquí para arreglarlo todo... —se jactó Garrido, creciendo unos centímetros más en estatura—. En cuanto la vi, adiviné que la primera era su futura mujer... y que esta desgraciada es aquella Trini, que...

No sabemos hasta dónde hubiera llegado la fantasía desbordada del sargento, a no haberle detenido en seco su oficial, si en aquellos momentos no hiciese su aparición el capitán, llevando a Trini del brazo, y olvidándose cada minuto más de que aquella mujer debía ser sagrada para él.

—Esto es encantador, Alvaro —comentó, entusiasmada, Trini.

—¿De veras? —contestó estúpidamente Medina, que miraba a ver si se abría la tierra para tragarlo.

—Su novia está realmente encantada... —explicó el capitán—. Se la he presentado al comandante y ahora voy a presentársela al coronel.

—¡Qué ganas de presentaciones tiene este hombre! —murmuró para sí Alvaro Medina—. ¡En menudo lío me estoy metiendo! Pero... ¿cómo les digo yo?...

—No podía haber encontrado mejor guía que tu amigo, querido Alvaro —sonrió Trini, comiéndose con los ojos a su acompañante.

Y Pepe Pulido—porque se nos olvidó decir que aquel capitancito tan relamido y tan atildado se llamaba Pepe Pulido—sintió que se derretía materialmente al calor de aquellos ojos...

Y para gozar más de la soledad con aquel bibelot animado, arrastró presuroso a su pareja, no sin antes preguntar a Garrido, para no abandonar su bien ganada reputación de ordenancista:

—¿Se ha presentado el prófugo ese?

—¿Canuto Pérez?—preguntó el sargento.

—El mismo.

—No, mi capitán.

—¡Pues en cuanto llegue mándelo usted al calabozo por dos días!

Y más gallardo y más calavera que nunca continuó con Trini su

visita al cuartel, dejando a Medina en el colmo de la desesperación.

De la anterior conversación no había perdido una sola palabra Charito Sandoval, oculta tras una de las pilastras del corredor.

¿De modo que aquella mujer era la que se hacía pasar por esposa de su futuro?

¿Y Alvaro no protestaba contra la superchería y dejaba que sus compañeros se tragasen la bola?

¡Aquello no podía quedar así!

Otra mujer más apocada que Charito Sotomayor se hubiese deshecho en un mar de lágrimas y hubiese abandonado la partida, rompiendo su compromiso con Alvaro y dejando a éste que se saliese él solo del lío en que se había metido.

—Cualquiera mujer, sí... pero, ¿ella?

¿Dejar el puesto a una rival?

¿Sucumbir sin lucha?

¡De ninguna manera! ¡No faltaba más!

Y Charito estrujaba la imaginación en busca de una venganza que resultase lo más sabrosa posible.

¿Qué hacer en aquel caso?

¿Dejar el campo libre a Trini y renunciar a sus sueños de dicha eterna?

Durante unos segundos la pobre

muchacha torturó inútilmente su magín, hasta que al fin pareció haber hallado lo que buscaba, porque de sus labios, y sin acordarse del lugar en que se hallaba, salió un grito de júbilo.

¡Allí estaba la solución!

Poco antes había oído hablar al capitán de un recluta que no se había presentado a tiempo en el cuartel, un tal Canuto Pérez, a quien iban a declarar prófugo y al que le aguardaba, si Dios no lo remediaba, una temporadita de arresto...

Y en aquella cabecita loca se fraguó un plan diabólico, que pensarlo y ponerlo en práctica fué todo uno.

Echó a correr pasillo adelante y a fuerza de preguntas y más preguntas, acabó por dar con el dormitorio de la compañía.

Aprovechando unos instantes en que se quedó sola frente a la puerta, precipitose por ésta...

Afortunadamente, la inmensa estancia estaba vacía en aquellos momentos...

Charito Sotomayor miró a uno y otro lado recelosa y al convencerse de que estaba sola, empezó a registrar petate por petate, hasta dar con lo que buscaba.

En uno de los camastros halló un uniforme completo—debía de ser

el de aquel Canuto Pérez a quien esperaban tantas calamidades — y cogerlo, ponérselo y hacer desaparecer bajo el petate sus ropas femeninas, fué cosa de un abrir y cerrar de ojos.

Afortunadamente llevaba el pelo cortado a lo muchacho y sus escasos rizos desaparecían admirablemente bajo el gorro de cuartel.

Y no estaba mal la gentilísima Charito bajo aquel uniforme de quinto de caballería.

Su carita de pillete adquiría aún más picardía bajo el gorrete terciado graciosamente sobre una oreja.

Ajustóse cuanto pudo la guerra, en la que seguramente cabían dos cuerpos como el suyo, dirigióse una ojeada satisfecha y se dijo a sí misma:

—Y ahora, sea lo que Dios quiera. ¿Creías que el campo era todo tuyo, eh, Alvarito? ¿Pues vamos a ver quién de los dos lleva el gato al agua!

Y con una resolución que en otras circunstancias se hubiese creído incapaz de tener, abandonó el dormitorio, salió al pasillo y no tardó en hallarse en pleno patio en medio de un grupo de reclutas.

Había soportado ya dos o tres bromas un tanto rudas de sus nuevos compañeros, cuando aparecie-

ron ante ella, como una especie de personajes dantescos, el comandante del escuadrón, acompañado del teniente Medina y el sargento Garrido.

El comandante, fijándose en aquel rostro hasta entonces desconocido para él, se plantó ante ella y le preguntó a quemarropa:

—¿Quién eres tú?

—Un quinto, mi comandante— contestó con desparpajo Charito.

—Ya lo veo—no pudo por menor de amoscarse el oficial—. Pero tú eres nuevo.

—Sí, mi comandante. Completamente nuevo.

Alvaro de Medina que, claro, había reconocido a su novia, estaba que no le llegaba la camisa al cuerpo.

¿Qué se proponía aquel diablillo?

¿Su Charito querida metida en el cuartel, con aquella ropa, y entre aquellas gentes!

Estuvo a punto de decir la verdad y echarlo todo a rodar, saliese lo que saliese.

Pero la precipitación de los acontecimientos no le dió ni siquiera tiempo a intervenir.

—¿Cómo te llamas?

Sudaban Alvaro y el sargento, que también la había reconocido.

¿Qué iría a contestar aquella mujer?

Pero Charo, sin perder un ápice la serenidad, contestó con la misma tranquilidad que antes:

—¿Canuto Pérez!

El teniente y el sargento se miraron estupefactos.

¡Lo que no se le ocurre a una mujer celosa, no se le ocurre a nadie!

—¿Canuto Pérez? — preguntó, dubitativo, el comandante, que estaba enterado de la presunta descripción del recluso aludido—. ¿Tú eres Canuto Pérez?

—Sí, mi comandante.

—¿De veras?—preguntó, receloso, el oficial.

—Pregúnteselo usted al sargento —replicó, muy serena, Charito.

Volvióse el comandante hacia su subordinado y le interrogó con la vista.

¿Qué iba a contestar el pobre Garrido?

Incapaz de dar suelta a las palabras, se limitó a hacer, aunque a regañadientes, un signo afirmativo con la cabeza.

—¡Perfectamente! — dijo el comandante, convencido—. ¡Conque Canuto Pérez! El prófugo presunto, ¿eh?

—No sé si será eso... pero soy Canuto—afirmó, impertérrita, Charito.

—¡Muy bien! Ya veo que no

tienes pelos en la lengua... ¡Pues... a barrer la cuadra! Así empezará a aprender.

—¡A barrer la cuadra! — murmuró, aterrada, Charito, mientras el oficial se alejaba haciendo tintinear sus espuelas en compañía de Medina y del sargento Garrido, que habiendo reconocido también a Charito, estaba más muerto que vivo.

Era tal su cara de susto ante la orden recibida, que sus nuevos compañeros soltaron una estruendosa carcajada.

Y uno de ellos, el más bruto, aunque también el más infeliz—la brutalidad y la tontería suelen ser en la mayoría de las ocasiones primas hermanas—, se acercó a nuestro amiguito, con una escoba monumental y le dijo, presentándosela con una cómica reverencia:

—Aquí tiene usted la *estilo-falica*... y el tintero—añadió, entregándole un cubo vacío.

Por un momento quedóse Charito con ambos objetos en la mano sin saber qué hacer con ellos, pero como era indispensable *meterse en el papel*, como dicen los cómicos, acabó por encojerse de hombros resignadamente, y siguió a sus compañeros hacia la cuadra.

Los caballos le parecieron unos monstruos antediluvianos, una especie de dinosaurios, y la cuadra

algo así como las catacumbas de que le hablaran en el colegio las monjitas...

De un momento a otro estaba esperando que aparecieran las fieras que iban a devorarla...

Pasaron unos minutos y acabó por darse cuenta de que aquello de barrer la cuadra y limpiar los caballos era su nuevo *deber*, y se entregó a él con más voluntad que destreza...

EL TERCERO EN DISCORDIA

Huyendo del espectáculo de su novia mezclada entre aquellos animales de uniforme, y de un nuevo encuentro con Trini, cosa esta última que le ponía los pelos de punta y le sacaba de sus casillas, Alvaro Medina, acompañado del incomparable e inseparable sargento Garrido, que en vano trataba de tranquilizarle, abandonó el cuartel y empezó a pasearse mecánicamente ante la casilla del centinela.

—¡En menudo lío nos hemos metido!—rezongaba desesperado.

—Y que lo diga usted, mi teniente... Pero no se apure—le aconsejaba el sargento, conciliador—. Lo más importante es que no se hayan encontrado las dos frente a

frente... ¡Eso sí que hubiese sido!...

—¡Trágico! — le interrumpió Medina.

—¡Atroz!

—¡Catastrófico!

Y no sabemos hasta dónde hubiesen llegado en aquel disparo de adjetivos, a no haberles venido a sacar de su ensimismamiento la presencia de un individuo pobremente vestido, con el típico traje de los lugareños: calzón de lana peluda, blusilla corta y boina, que acercándose al sargento le preguntó, ingenuo:

—Dispense usted, señor sargento...

—¿Qué quiere usted, buen hombre?—contestó Garrido, aun con el

ceño fruncido por sus cavilaciones.

—¿Es éste el cuartel de caballería?

—¿No tiene usted ojos en la cara?—le apostrofó el sargento, vuelto de pronto a la realidad.

—Sí, señor sargento... Pero es que yo me dije... "mejor es preguntarlo"... Y como les vide a ustedes aquí, pues me dije...

—Bueno, acabemos de una vez —le interrumpió Garrido, ya con malas pulgas—, ¿usted qué es lo que quiere del cuartel?

—Como querer, no quería nada, señor... —barbotó el brutote—. Pero es el caso que me hacen venir aquí... y por eso he venido... aunque un tantico retrasado...

Garrido y aun el mismo Medina empezaron a mirar, sobresaltados, a aquel hombre aparecido como por escotillón.

Ambos tenían miedo de saber la verdad, que ya sospechaban.

—Pero, vamos a ver—preguntó Medina, más impaciente que su subordinado—. ¿Quién es usted?

—¿Yo... —rió aquel barbarote, como si se extrañase de que no le hubieran conocido—. Pues, ¿quién voy a ser? ¡Canuto!...

—¡Canuto! —exclamaron a un tiempo Medina y Garrido.

—¡Sí, señores! ¡Canuto Pérez! —contestó el recluta con una son-

risa que abrió su boca hasta casi llegar de oreja a oreja—. Y ustedes dispensarán si he llegao tarde. Yo ya venía en el tren y hubiese llegao a tiempo... Pero, al estar en una estación, pues senti ganas de... Ya usted comprende... de...

Y como si de pronto se avergonzase de decir aquello en voz alta, se acercó al sargento y poniendo su boca en el oído de éste, acabó la frase tan temida.

—¡Animall! ¡Zopenco! —le increpó Garrido, dándole un soberano empujón.

—¡La van a tomar ahora conmigo!—gimió el pobre hombre al ver que el aspecto del sargento y del oficial nada tenía de tranquilizador.

Porque lo que con palabras no se pudiera decir, se lo decían los dos hombres con los ojos.

La inoportuna llegada de Canuto venía a complicar ahora las cosas enormemente. Cuando todo se descubriese, ¿cómo iban a justificar la presencia en el cuartel de dos Canutos Pérez?

¿Y cuando se descubriese que uno de los Canutos no era Canuto, sino Canuta?

—¡Idiota! ¡Bestia! —seguía desahogándose el sargento, ante el estupor del pobre Canuto, que no sabía ya a qué santo encomendarse.

—¡Na, que m'han tomao manía... vaya!—se lamentaba el infeliz Pérez, más muerto que vivo, de aquel recibimiento que nada nuevo presagiaba.

De pronto una misma idea acudió simultáneamente a los cerebros del teniente y del sargento.

Medina se acercó a su subordinado y le dijo, rápidamente:

—¿No ordenó el capitán que se le encerrara dos días en el calabozo?

—Sí, mi teniente.

—¿Y no ordenó el comandante, cuando vió a *Canuto*, que se le pelara al rape?

—Sí, mi teniente.

—¡Pues ya lo sabe usted!—gritó ahora en voz alta Medina—. ¡Que lo pelen al rape y que lo metan una semana en el calabozo!

—¡Una semana! —sollozó, casi, *Canuto*.

—¡Y si habla usted serán dos!

—rugió el sargento, llevándose a empujones hacia el interior del cuartel.

—¡No decía yo que m'habían tomao manía!... —iba gimiendo el infeliz, más muerto que vivo.

—¡Y todavía es poco para un prófugo!—rugió el sargento, empujándolo, furioso.

—¡Pero si yo no soy *prófugo*!

¡Si fué porque!... A cualquiera le pasa... A usted mismo...

—¿A mí, animal?

Y las botas del sargento Garrido entraron en acción...

.

El capitán Pepe Pulido, entretanto, había presentado a Trini a toda la oficialidad del escuadrón y la había enseñado todo el cuartel de una punta a otra.

Estaban ya cansados de dar vueltas cuando al cruzar el patio por centésima vez, dieron de manos a boca con Alvaro Medina, que andaba precisamente buscándolos, ansioso de poner fin a aquella situación violenta en que se encontraba desde hacía una hora.

Le corría prisa por sacar del cuartel a Trini.

Alejada ésta, sustituir al falso *Canuto* por el verdadero, le parecía cosa bastante fácil y explicar luego a su novia todo lo ocurrido, no tan fácil, pero bastante hacedero, pues estaba convencido de que Charito lo quería.

Y cuando impera el amor...

Acercóse, pues, a la pareja de *expedicionarios*, y tras saludar al capitán, dijo a Trini:

—Creo que ya es hora de que vuelvas a tu casa... Supongo que habrás visto el cuartel...

—De punta a punta...—contestó, riendo, la artista—. Gracias a la amabilidad del señor Pulido... que es simpatiquísimo...

—Muchas gracias, mi capitán—murmuró Medina, obligado a mostrarse agradecido, aunque no fuera más que por la jerarquía.

—No hay de qué, amigo Medina. Por cierto que me ha dicho el coronel que dentro de media hora salimos de maniobras.

—¡Oh! ¡Debe de ser delicioso! —exclamó Trini, mirando alternativamente al capitán y al teniente.

—¿Pues si usted quiere?...—empezó el capitán, a quien iba trastornando cada vez más aquella mujer.

Pero Medina se creyó en el caso de cortar por lo sano.

—No puede ser... Piensa en tu madre, que ya estará intranquila por tu vuelta.

—¡Es verdad! —suspiró Trini, contrariada—. ¡Ya no me acordaba de mi madre!

—Pues no debes olvidarla—dijo Medina, no sin cierto retintín y haciéndola un guiño imperioso con los ojos—. Despidete del capitán y vamos... Te acompañaré hasta la puerta...

—He tenido mucho gusto...—empezó Pulido.

—¡Oh!, soy yo quien debe estar-

le agradecida... Muchas gracias, capitán... y hasta la vista...

Y lo envolvió en una mirada fascinadora que por poco tumba de espaldas al enamorado Pulido.

—A los pies de usted, señorita...

Medina cortó en seco esta escena que ya iba resultando demasiado sentimental y tras un saludo ordenancista a su jefe arrastró a la muchacha hasta la puerta del cuartel.

¡Por fin iba a verse libre de una!

Pero aun le quedaba la parte más difícil por resolver.

Mientras tanto allá en la cuadra, Charito, ya muy impuesta en su papel de quinto, había llegado a aprender cómo se maneja una escoba y cómo se recogen los capachos de excrementos.

Entregada estaba a esta labor, no muy perfumada que digamos, cuando hizo su aparición Pepe Pulido que, acercándose al falso Canuto, lo examinó de pies a cabeza y al llegar a ésta, vió con disgusto que el recluta seguía ostentando su hermosa cabellera rubia.

—¿No ordenó el comandante que le pelaran? —preguntó hecho un energúmeno.

—Sí, mi capitán—contestó Charito, más muerta que viva.

—¿Y no le han pelado?

—Creo que no, mi capitán...

—¡Pues cuando le vea otra vez, podrá usted contestar con más seguridad!—gruñó Pulido.

Y salió de la cuadra hecho un basilisco.

Habría andado media docena de pasos cuando tuvo la suerte de hallarse con el teniente de guardia.

Aquel era el momento de desahogar su furia:

—El comandante ha dado orden de que se cortara el pelo a Canuto Pérez, y no se le ha cortado todavía. ¿Es así como se cumplen mis órdenes?

—Mi capitán... —balbuceó, confuso, el teniente.

—Si vuelvo a ver a ese recluta con el pelo largo, me veré en la necesidad de arrestarle... ¡No lo olvide! —terminó, marchándose malhumorado.

—Sí, mi capitán.

Y el teniente salió como una bala en busca de alguien en quien descargar su mal humor por aquella reprimenda inmerecida.

Y quiso la suerte que el primero con quien se tropezara fuese el sargento Garrido, que iba ideando el modo de hacer la suplantación de los dos Canutos.

—¡Sargento Garrido! —gritó el teniente.

—A la orden, mi teniente.

—¿No se había dado orden de pelar al recluta Canuto Pérez?

—Sí, mi teniente. Y lo han pelado —contestó Garrido con aplomo.

—¡No lo han pelado! ¡Acabo de verlo! —mintió el teniente, para quien eran artículo de fe las palabras del capitán Pulido—. ¡Tiene usted un día de arresto! ¡Y no le digo más!

Y echó materialmente a correr patio adelante.

—¡Maldita sea!—gruñó el sargento, mordiéndose los labios—. ¡Eh, cabo! ¡Cabo!—gritó al inferior, que cruzaba por allí en aquel momento bien ajeno de la que se le venía encima.

—¿No he dicho —gritó, apropiándose las órdenes de sus superiores—que se pele al cero al recluta Canuto Pérez?

—¡Si lo han pelado ya! —mintió el cabo, para sacudirse el nublado que veía venir.

—¡No lo han pelado! ¡Si lo sabré yo!—le fulminó Garrido, con una mirada olímpica—. ¡Dos días de arresto, por desobediencia!

Y el sargento Garrido dió un enérgico tirón a las mangas de su guerrera veterana y se marchó, contecándose.

—¡Como coja a ese Canuto, lo

mondo!—rugió el cabo, echando a correr hacia la barbería.

Precisamente cuando llegó a ésta, salían a la puerta Canuto y el peluquero, que había dejado la cabeza del quinto como una bola de billar.

—¿Por qué no ha pelado usted a Canuto Pérez?—apostrofó al último el cabo, que echaba sapos y culebras por la boca.

El peluquero se quedó con la boca abierta.

—¿Que no le he pelao? ¿Y esto, qué es?

—Le repito a usted que no lo ha pelao—insistió el cabo, cada vez más furioso—. Tiene usted tres días de arresto, por no cumplir como es debido las órdenes que se le dan...

Y girando marcial sobre los talones, se alejó de la peluquería como si acabase de ganar otro Waterloo.

El peluquero, ante el castigo que llovía inesperadamente sobre él, co-

gió a Canuto por un brazo y le dijo, arrastrándole hacia el interior de la barbería:

—¡Pasa, buen mozo, que te voy a hacer un corte a lo garzón!

El pobre Canuto, más muerto que vivo, se dejó llevar a lo que no podía ser para él más que el desolladero, gimiendo, acongojado:

—¿Cuándo decía yo que m'hubían tomado manía!

¡Pobre hombre!

El era quien, sin comerlo ni beberlo, estaba pagando aquel embrollo que armaran en el cuartel de caballería de X, los ojos revolucionarios de Trini, la ballarina.

Y todo por haber perdido el tren en aquella maldita estación de tránsito.

Decididamente, Canuto Pérez no entraba con muy buen pie en el servicio militar.

Los presagios que le hicieran en el pueblo iban cumpliéndose en todas sus partes.

UN NOVATO CON TODA LA BARBA

Quien hubiera visto a Charito Sotomayor bajo su disfraz de quinto, ceñida al cuerpo la guerrera, con el pantalón bombacho y la media bota ajustada, armada de una escoba monumental, en las cuadras del cuartel, entre caballos y quintos, no hubiera creído aunque se lo juraran, que se trataba de un quinto bisoño y que aquel aprendiz de soldado, era ni más ni menos que una señorita "bien".

Bastaron pocos minutos para que se hallase en franca camaradería con sus compañeros, aprendiendo a manejar la escoba con una soltura digna de imitación y recogiendo los detritus de las bestias con una habilidad de primer premio de concurso de harrenderos.

Como soportaba bastante bien las bromas y aun devolvía las pullas con una picardía completamente "gata", fué a los pocos momentos el gallito del "corral".

Aprovechando un momento en

que oficialidad y clases les dejaron respirar en libertad, pronto quedaron en libertad escobas y cepillos y sueltas las lenguas para dar cada cual muestras de sus habilidades coreográficas.

Hubo quien entonó un fandanguillo, quien se marcó unas posturas académicas y no faltó quien incitara, secundado inmediatamente por todos sus compañeros, a bailar a "Figurilla", que era el remoque-te con que habían bautizado a Charito en la anchurosa cuadra del escuadrón.

—¡Que baile "Figurilla"!

—¡Eso, que baile, que baile!

—¡Arza y dale, "Figurilla"!

Y en un santiamén se organizó la orquesta.

Palas, escobas, cubos, hasta guijarros se convirtieron súbitamente en instrumentos y hay que convenir en que la orquesta nada tenía que envidiarle al jazz más "inarmónico".

Y "Figurilla" bailó... acompañada

do por Antón, el quinto más bruto de la nueva hornada.

¿Qué iba a hacer?

Algún trabajo le costó el disimular, en medio de la pasión del baile, el alma femenina que latía bajo el uniforme, pero había encajado tan bien el papel de Canuto, que nadie notó la superchería.

Y al mismo tiempo puso tanta gracia, tanto "ángel" en su labor, que a la música exótica que la acompañaba no tardó en hacer juego un coro, más o menos discordante, con el que los quinteros del escuadrón manifestaban su admiración y su contento.

Con un tanto de afinación, que fué afirmándose a medida que avanzaba la copla entonaron la siguiente:

Te quiero, morena,
te quiero con frenesí.
Te quiero, mi negra,
te quiero tan sólo a ti.
Te quiero, morena,
te quiero con frenesí.
No digas a nadie
que no has de ser para mí...

Pero cuando el coro empezaba a afinar mejor y "Figurilla" sentaba plaza de "estrella" de la danza, su compañero armó jarana con ella y rodaron enzarzados por el suelo, cuando alguien dió la voz de fuego.

Es decir, de fuego precisamente no, aunque algo se parecía al combustible el grito que vino a turbar la zambra;

—¡Qué viene el cabot!

Y a aquel ¡sálvese quien pueda!, músicos y cantores huyeron precipitadamente en todas direcciones.

Charito quiso imitar a sus compañeros, pero su prisa no se vió recompensada y tras no pequeños apuros, consiguió desaparecer la última, cargada con su inseparable escoba y con su no menos inseparable capazo.

Viendo el campo libre echó a correr hacia el patio y viendo en uno de los soportales un banco adosado a la pared, que estaba diciendo: "¡siéntate en mí!", se dejó caer derrengada en aquel que le pareció asilo acogedor.

La fatiga de aquella mañanita de ajetreo y emociones, hizo que hasta casi se cerraran sus lindos ojos y tal vez hubiese "cosido" una siestecita, a no volverla a la realidad un vozarrón de trueno:

—¡Eh, usted! ¿Qué hace usted aquí?

Abrió lentamente los ojos Charito y como entre un velo vió una figura que se inclinaba hacia ella amenazadora.

Medio dormida, medio despierta, balbuceó, tratando de adivinar

en donde se hallaba y lo que querían de ella:

—¿Es a mí?—balbuceó abriendo más los ojos y precisando un tanto los objetos.

—¡Será a la luna! — contestó en interpellante.

Miróle Charito ya más despierta y estuvo a punto de soltar un grito de espanto.

¡El que se hallaba ante ella era nada menos que el comandante del escuadrón, que parecía querer pulverizarla con la vista!

Púsose en pie de un salto y cuadrándose militarmente, murmuró más muerta que viva:

—¡A la orden de usted, mi comandante!

—¿Es usted sordo? — preguntó el jefe mirándole con atención.

—Es que... me senté porque estaba cansado... y me quedé dormido. Yo ruego a usía que me disculpe el...

—¿Pero qué es eso? — cortó el comandante furioso—. ¿No es usted Canuto Pérez?

—El mismo, mi comandante.

—¿Y no mandé yo que le pelaran al cero?

Tembló todo el cuerpecito de Charo, no por miedo a aquel enérgico, sino por el terror que le producía el ver su querida melenita en el alero.

—Sí, mi comandante.

—¿Y no le han pelado?

—Sí... digo, no, mi comandante.

—¡Está bien! ¡Ya arreglaré yo eso ahora mismo! — gruñó el comandante soltando un enérgico terro, que produjo un efecto desagradable en los señoriles oídos de Charito.

Dió media vuelta el nuevo recluta y recogiendo la escoba y el capazo desapareció hacia la cuadra como alma que lleva el diablo.

De un humor de todos los diablos echó a andar el comandante buscando en quien descargar aquél y quiso la mala suerte que se tropezase con el teniente Medina, que andaba como un loco por el cuartel buscando a Charito, para poner la palabra "telón" en aquella comedia que amenazaba convertirse en drama si Dios no lo remediaba.

—¡Teniente Medina! — llamó el jefe.

—A la orden de usted, mi comandante.

—Están pasando aquí cosas que pasan de la raya. ¿No mandé esta mañana que le cortaran el pelo al recluta Canuto Pérez?

—Sí, mi comandante, y yo mismo di la orden de que lo hicieran. Ya debe de estar al cero.

—¡Pues, no, señor!... Acabo de

verlo ahora mismo y lleva todavía el pelo hasta el cogote.

—Pues, yo juraría... — trató de protestar Medina.

—No jure usted y cumpla mis órdenes... o voy a creer que a quien pretenden entre todos tomar el pelo es a mí... ¡y conmigo no se juega!

Alvaro Medina se mordió los labios para no contestar alguna frase gruesa y, cuando pudo dominarse, murmuró:

—Descuide usted, mi comandante, que a ese bruto soy capaz de pelarlo yo mismo en cuanto lo encuentro.

Y Medina, que creía que a quien se refería el comandante era al legítimo Canuto, corrió en busca de aquel animalote que había venido a tal punto a complicar las cosas con su aparición imprevista.

Efectivamente, un minuto después llegaba a la puerta de la barbería, en la que aparecían en aquel momento el barbero y el susodicho Canuto Pérez, con una cabeza más lisa que una bola de billar.

—¡Hombre, me alegro de encontrarte! —rugió Medina acercándose al quinto y mirándole detenidamente la cabeza.

—¡Buenos días, mi teniente! — saludó Canuto al estilo de la huerta.

—¿No dije que pelaran a este

animal? —preguntó Medina al barbero, sin hacer el menor caso del matraco.

—Y lo he pelado ya, mi teniente —contestó estupefacto el barbero.

—¿Conque lo ha pelado, eh?... ¡Pues lo vuelve usted a pelar!

—¡Pero si le he pasado con la máquina al cero!

—¡Pues lo afeita... y en paz!... ¡No ha de quedarle ni una señal de pelo! ¡A mí no vuelve a abrancarme nadie! ¿Me ha oído?

—Sí, mi teniente — contestó el barbero temblando, pues nunca había visto a Medina tan furioso.

Marchóse el oficial echando rayos y centellas y el rapador metió a empellones a Canuto en la barbería, sin hacer caso de sus protestas y gritándole amenazador:

—¡Anda pa adentro, animal, que te voy a cortar ese melón que tienes entre los hombros, para que no te vean ni un solo pelo! ¡Menuda manita me está dando esto cocol!

.

En la rueda del destino, el nombre de Canuto debía de estar situado en el lugar de las catástrofes, pues mientras el legítimo pasaba las de Caín entre las manos del rapabarbas, el de extranjis estaba pasando las negras en la cuadra.

Tras la limpieza minuciosa de los pescbres, tocó el turno de sacar

a los caballos a beber en el abre-
vadero construido para ellos en el
patio y allí tuvo que ir, como un
quinto más, el bueno o "la buena"
de "Figurilla", que hubiera queri-
do regalarle aquella misión a su
sufridísima "carabina", a tenerla
allí en aquel momento.

Charo, resignándose a lo inevi-
table, llenó en el pilón uno de los
cubos y se dirigió hacia uno de los
caballos, que por escasez de sitio en
el abrevadero corría el riesgo de
quedarse sin beber.

Ya llegaba a donde se hallaba la
bestia, cuando el otro animal, An-
tón, su antiguo contrincante, apare-
ció ante su vista rugiente y amena-
zador.

—¡Ven ahora aquí, que te voy a
pelar, "Figurilla"!

Vió Charito las cosas malpara-
das para ella, y para librarse de
aquel mostrenco, con el que estaba
convencida de que no valían razo-
nes, le tiró en plena cara el cubo
de agua, con gran algazara de los
restantes quintos, que interrumpie-
ron un punto su labor para presen-
ciar el pugilato que se avecinaba.

En efecto, cuando la sorpresa y
el efecto del remojón hubieron pa-
sado, Antón se arrojó como una fie-
ra sobre el que creía Canuto y am-
bos rodaron por segunda vez por el
suelo, a puñadas, mordiscos y pata-

das, entre el jolgorio de sus compa-
ñeros que, en vez de separarlos, los
azuzaban a pegarse aun con más
ahínco.

No sabemos cómo hubiera acaba-
do aquella descomunal batalla, a no
haber hecho su aparición providen-
cialmente el teniente Medina y el
sargento Garrido, que se apresura-
ron a separar, no sin esfuerzo, a los
contentientes.

Si furioso estaba Antón, no da-
ba muestras de menor furia Chari-
to, a quien costó gran trabajo conte-
ner.

Los demás quintos habían des-
aparecido como por encanto, huyen-
do al castigo que presagiaban y el
sargento Garrido se llevaba casi a
rastras a Antón, que de cuando en
cuando se volvía hacia su enemigo,
gritándole amenazador:

—¡En cuanto te pille solo, te es-
morono!

Cuando se quedaron solos Medi-
na y su novia, el oficial, mirándola
compungido, murmuró:

—¿Ves a lo que te expones, Cha-
rito? ¡No sabes en dónde te has
metido, testaruda!

—¿Y a ti qué te importa?

—Si no me importara...—empe-
zó a decir el teniente.

—Vuelvo a repetirte que no
necesito consejos tuyos. ¡A esa "ca-
catúa" con la que te he visto antes,

a tu "futura esposa", es a la que la voy a contar yo un cuento en cuanto la vea!

—¡Pero, Charito, por Dios! Si yo te juro que en su presencia aquí no he tenido yo parte alguna.

—¿Que no, y te la traes al cuartel y la presentas como a tu novia?

—Si no fui yo, Charito. ¡Te lo juro!

—¿Pues quién fué?

—El sargento Garrido... que...

—¿Ese alcahuete? A ti y a él... y sobre todo a ella, os ha de contar yo un cuento que creo que no os va a gustar gran cosa.

—Mira, Charito, yo te explicaré con calma todo este lío, pero ahora vete, vete de aquí en seguida, antes de que sea tarde. Vete, vuelve a tu casa y en cuanto volvamos de maniobras...

—¡Ah! ¿Os vais de maniobras? ¿Y se irá con vosotros esa lagartona? ¿Y quieres que me vaya para quedaros solitos? ¡Y un jamón! ¡Te he dicho que me las pagáis tú y ella

y me las pagáis, por éstas!

Y tras esta amenaza postrera y antes de que él pudiera detenerla, Charito echó a correr hacia la puerta de la cuadra, por la que desapareció como un bolido.

Medina trató, en vano, de alcanzarla, pero cuando llegó a la puerta de la cuadra, ya estaba Charito de nuevo en su papel de quinto y comprendió Medina, que reproducir el altercado ante sus subordinados era imposible.

Volvióse al patio resignado y corrió en busca del sargento Garrido a ver si aquel hombre ideaba algún plan que le sacase del atranco.

¡Pobre Alvaro!

La aparición de Trini, la bailarina, en el cuartel amenazaba destruir para siempre sus planes de felicidad futura.

Aunque—y esta era su única esperanza—cuando Charito se había metido en aquella aventura, era señal de que le quería.

Y mientras hay amor...

MANIOBRAS

Pero aun no habían llegado para Charito Sotomayor los tragos más amargos.

Cuando tras la última escaramuza con su novio, había vuelto a reintegrarse a sus labores de soldado improvisado, un trompetazo agudo que puso el cuartel en conmoción, la hizo entrar bruscamente en la realidad.

Tocaban las cornetas a botasillas.

Ella no sabía lo que era aquello, pero al ver el ajeteo de sus compañeros, comprendió que aquel toque debía ser algo parecido a lo que nos dicen que será el del juicio final.

Así al menos lo dió a entender el desusado ir y venir de los quintos en todas direcciones, con una precipitación que no parecía sino que le hubiesen puesto a cada uno una inyección de azogue.

Haciendo lo que veía hacer a sus compañeros, se vió de pronto Cha-

rito con un pesada silla de montar en la mano, dejándola caer sobre el lomo del caballo que le había caído en suerte.

Para ajustarla y cinchar a su cabalgadura, pasarle el cabezal y los arreos, necesitó la ayuda de otros compañeros, y cuando al fin consiguió ver a su montura en condiciones de marcha, corrió como los otros hacia el armero y se armó de una pesada tercerola, cuyo solo contacto puso temblores en su cuerpo, como si aquel instrumento mortífero hubiese de empezar a disparar de pronto por cada una de sus piezas componentes.

Siempre haciendo lo que veía hacer a los demás, cogió Charo el caballo de la brida y salió con él al patio, en donde, obedeciendo sucesivos toques de corneta y voces de mando, se vió alineada con sus compañeros, entre un verdadero bosque de patas de caballo.

Una última orden dada con voz breve e imperiosa y sin que ella misma pudiese darse cuenta de cómo se había afectuado el milagro, se vió cabalgando en la fila, cruzando el patio, saliendo del cuartel y enfocando la primera carretera que hallaron a mano, después de haber cruzado toda la población de un extremo a otro.

El escuadrón iba a reunirse con las restantes fuerzas de las distintas armas, que iban a practicar unas maniobras de varios días.

¡Pobre Charito, la que le aguardaba!

Eso mismo iba pensando el teniente Medina, que a la cabeza de la columna y a un lado su inseparable sargento Garrido, no hacía más que pensar en su testaruda novia.

—¿Dónde se habrá metido esa muchacha? — preguntó por fin en voz alta, volviéndose sobre la montura, para ver si la distinguía entre aquel hacinamiento de hombres y caballos.

—Cualquiera lo sabe, mi teniente—contestó Garrido—. Yo iría a buscarla, pero eso de ver a un sargento corriendo detrás de un quinto... ¡no se comprende!

—Tiene usted razón, Garrido... No nos queda más remedio que aguantarnos y esperar en qué acaba todo esto.

—Que no puede acabar bien de ninguna manera—murmuró filosóficamente el sargento.

No sabía dónde se había metido la pobre.

Ella había oído hablar vagamente de maniobras militares y creía que aquello tan cacareado se reduciría a un paseo nada más.

¡Sí, sí, un paseo!

Horas y más horas y aun días, trotando por carreteras polvorientas, triscando montes, galopando a la desesperada a campo traviesa.

Ni tiempo la quedaba, ni humor, para admirar, como se merecían, los brillantes ejercicios de la artillería, ni los vuelos arriesgados de la aviación, ni aquellas soberbias cargas a la bayoneta de la infantería.

¡Para bayonetas estaba ella!

Clavadas le parecía tenerlas en las posaderas, ya al rojo vivo, como una llaga que la cogiera medio cuerpo, después de tantas horas de chocar violentamente contra la silla, que más que de cuero parecía de hierro.

Cuando en los descansos obligados, ordenaban "pie a tierra", se dejaba caer, que no se apcaba por su propia voluntad.

Estaba molida, rota, deshecha.

Parecía un guiñapo.

—¿Cuándo se acabará esto? —

se preguntaba, viendo los objetos ante ella a través de una niebla y no precisamente porque la cegase el humo de los disparos, sino porque ya todo daba vueltas en torno suyo y no sabía si aun estaba en el mundo o había empezado a volar hacia algún planeta disparada como un cohete estratosférico.

¿Cómo se acordaba ahora de las palabras que la dijera Alvaro en la cuadra a raíz de su trifulca con Antón!

—“¿Ves a lo que te expones, Charito? ¡No sabes a lo que te expones, testaruda!”

Así le dijo Alvaro y tenía razón, sobradísima razón su novio.

Aquello era muchísimo más de lo que ella pudiera pensar, era un verdadero infierno.

Y el caso es que ya no podía volverse atrás.

Tenía que seguir hasta el fin aquella aventura, que ya iba asemejándose a una pesadilla.

Y lo que más la descorazonaba era que se había equivocado lastimosamente.

Lo que la indujo a embarcarse en aquel ajeteo fué la ilusión de que Trini, la bailarina, seguiría con la columna de maniobras.

¡Y Trini no iba!

Todos sus esfuerzos, sus molestias, sus calamidades, estaban resultando completamente inútiles.

¿Cómo se reiría de ella aquella mujer si se enteraba!

Y esto la dolía más, mucho más que las agujetas que la torturaban de día y de noche, y eso que el tal dolor no era una cosa para ser tomada a broma ni mucho menos.

¿Cuánto duró aquel tormento?

Charo Sotomayor había perdido ya la noción del tiempo... y aun la del espacio.

Al cabo de unos días, no podía precisar cuántos por más esfuerzos de imaginación que hiciera, terminó el estruendo de la artillería, el correr alocado de los caballos, las cargas “mecánicas” de la infantería y “Canuto Pérez” se vió a un paso lento y pesado por una carretera, que también parecía sin fin, en demanda del poblado en que había de hacer alto la columna, para que hombres y bestias se tomaran un descanso que les estaba haciendo más falta que el pan blando.

Por fin, una mañana, bajo un sol de fuego, llegaron a un pueblecito aragonés que se dibujaba risueño y delicioso bajo la caricia del sol y en la falda de una montaña cuajada de árboles frondosos.

Charito, al verlo, tuvo como un deslumbramiento.

El desfile por las calles del pueblo atestadas de gente y materialmente sembradas de arrapiexos me-

dio desnudos, que daban volatines ante los gastadores y prorrumpían en gritos de admiración ante los caballos del escuadrón, cubiertos de polvo y de sudor, aquel desfile le pareció a Charo que era el tránsito por entre las distintas jerarquías de ángeles que rodean el trono del Señor allá en los espacios interplanetarios.

Aquel pueblo, en donde al fin iba a poder descansar, no podía ser otra cosa que la antesala de la gloria.

Porque el infierno, no la cabía

duda, lo habían dejado atrás hacía rato, en aquella llanura sin fin, en donde durante días y más días habían jugado a la guerra, siquiera la muerte estuviese durmiendo la siesta mientras ellos jugaban a matarse de mentirijillas.

Sí, aquello era la gloria... y los chiquillos no podían ser otra cosa que los angelitos.

Y a haberle quedado fuerzas en los pulmones hubiese prorrumpido en un ¡hip, hip, hip, burra! triunfal.

UNA NOCHE TOLEDANA

¡Con qué placer echó pie a tierra cuando la corneta — que también sonó entonces a cosa celestial — dió la orden de hacerlo!

El "rompan filas" sonó en sus oídos como un ¡Hosanna! triunfal.

Antes de echar cada uno por una calle, con la precipitación de tomarse un prolongado descanso, se verificó la operación del alojamiento.

De acuerdo con el alcalde del pueblo, el coronel distribuyó las fuerzas calle por calle y casa por casa y a cada recluta se le entregó su boleto de alojamiento.

Empezó la desbandada y aunque Charo tenía unas ganas locas de dirigirse a su nueva vivienda aun permaneció un momento como atontada, en la plaza del pueblo, junto a su caballo, preguntádoles en todos



Pepé Pulido sintió que se derretía al notar de aquellos ojos...



—¿Usted qué es lo que quiere del capitán?



Y "Figurilla" baila, acompañada por Antón, el quinto más bruto de la nueva hornada.



—¿Y no mandé ya que le pelaran al cero?



—¡No ha de quedarle ni una señal de pelo!



...le tiró en plena cara el cubo de agua...



No sabemos cómo hubiera acabado aquella descomunal batalla...



—Yo te cedo lo mío
—dijo en este punto el
cabo.



¡Charita sintió como si toda la casa se desmoronase sobre ella!



...se dejó caer sobre un montón de paja, entre la que se ocultó cuidadosamente.



«Serían capaces de fusilarlo»



Antón volvió rápidamente la cabeza para no verlo.



—¡Apuntan!... ¡Fuego!



—¿No tendrías en tu
casa una saya?



—¡Mi coronel! ¡Esta mujer no es una mujer!



—¿Ma perdonas, Charito?

los idiomas a sus pies molidos, cuál era el que debía de dar el primer paso.

Por fin, tras varios inútiles esfuerzos, echó a andar torpemente, trabajosamente.

Cada guijarro que hollaba sus pies, era una aguja que subía pier-na arriba e iba a clavarse, asesina, en los riñones.

Aunque al llegar al pueblo creyera que llegaba a la gloria, la calle que seguía ahora se le antojaba la Vía de Amargura.

Como si estuviera sonámbula siguió andando calles y calles y era ya bien entrada la noche cuando a fuerza de preguntar llegó a donde le dijeran que tenía su morada el que había de ser su patrón durante su estancia en el pueblo, ¡que ojalá fuera de un semestre!

El teniente Medina y el sargento Garrido habían tenido suerte en el reparto de alojamientos.

Les había tocado ir a aposentarse en la mejor casa del pueblo, la del alcalde, que era posada y casa a un tiempo.

Una posada lujosa, eso sí, con todas las comodidades que pudieran esperarse en un pueblecito perdido en el alto Aragón, a donde a juzgar por los alrededores no debían poder llegar más que las cabras.

La planta baja de un patio monumental estaba convertida en comedor y allí, en mesas independientes, comían los alojados, al mismo tiempo que los amos de la casa, que no parecían muy contentos de aquella invasión que se les viniera encima, aun cuando lo disimularan admirablemente, con esa campechuería netamente baturra.

Comía el alcalde con unos amigos en una de las mesas.

Tenía el Poncio lugareño un hijo de talla hercúlea y rostro de mazacote endurecido, que miraba como embobado los uniformes de los oficiales y aun se le iban los ojos tras las estrellas que lucían en la bocamanga.

—¿Cuándo va a hacer el chico el servicio? — preguntó al dueño de la casa uno de los comensales, siguiendo las miradas admirativas del zagal.

—¡Nunca! — contestó el preguntado.

—¿Pues no va para los veinte años? — insistió el preguntón.

—¡Mientras yo sea alcalde, no tendrá nunca veinte años mi chico! — contestó el padre dando sobre la mesa un vigoroso puñetazo que hizo bailotear estremecidos vasos y botellas—. ¡Al Estado puede que le haga mucha falta el mozo, pero a mí me hace mucha más, cañastos!

Y en los ojos del alcalde a perpetuidad, brilló una chispa de cólera, apagada a poco por un interminable trago de buen tinto.

Al otro extremo de la amplísima estancia comían ante una mesita y servidos por una moza que de tal sólo tenía el nombre, pues la cara mostraba a las claras que había doblado hacia tiempo el cabo de las tormentas, Alvaro Medina y el sargento Garrido.

La comida, aunque abundante y bien sazonada, no había hecho desarrugar el ceño de Alvaro, que aparecía duro e impenetrable.

La mudez obstinada de su compañero de mesa, había resistido a todos los embates del locuaz sargento, que aun comiendo a dos carrillos y bebiendo a tres no perdonaba ocasión de intentar distraer a su teniente.

Acabaron de comer y la melancolía de Medina subió de punto, hasta el caso de llegar a alarmar seriamente a Garrido, que preguntó a su oficial:

—¿Qué le pasa a usted, mi teniente? ¿Se encuentra mal?

Suspiró profundamente Medina, que, efectivamente, no se encontraba bien, y contestó haciendo un esfuerzo:

—No sé. Creo que va a hacerme daño la cena.

—Preocupaciones... Eso no son más que preocupaciones, mi teniente—murmuró el servicial sargento.—Usted está pensando en esa moza.

—Es verdad. No se me aparta de la imaginación.

—Ya decía yo...

—¿Qué habrá sido de la pobre?

—Nada malo puede haberle ocurrido, porque en la columna no ha habido novedad.

—¿Y te parece poco el palizón que llevará en el cuerpo a estas horas? ¡Pobre Charito!

Quedaron un momento en silencio, silencio que fué interrumpido por Garrido, al ver que su jefe daba claras muestras de sufrimiento.

—De todos modos, mi teniente, usted no está bien y le conviene hacer algo a ver si se mejora.

—¿Y qué quiere usted que haga?—preguntó con dolorosa indiferencia a Garrido.

—Para sentir bien la cena, hay una cosa que es mano de santo.

—¿Cuál?—contestó lacónicamente el teniente.

—Tila con cazalla.

—¿Tú crees?

—Le digo a usted que no tiene igual.

—Pues vaya por la tila.

—Y por la cazalla—contestó el sargento relamiéndose anticipadamente.

Y volviéndose hacia el otro extremo de la sala, por donde se veía ir de mesa en mesa a la moza que les sirviera el ágape, le hizo una seña enérgica de que se acercara.

—¿Llamaban los señores?—preguntó la solterona, dibujando una mueca que quería ser una sonrisa.

—Sí, preciosa—dijo obsequioso el sargento—. Tráenos unas tazas de tila y un poco de cazalla.

—En seguida, señorito—contestó la sirvienta, que se había puesto más hueca que una campana al oírse llamar preciosa.

—Mañana, cuando sea de día—continuó Carrido cuando se quedaron solos—, registraremos el pueblo de punta a punta y mal será que no demos con esa mujer, mi teniente. Tranquilícese, que una noche se pasa pronto.

—A mí me va a parecer eterna—suspiró Medina, verdaderamente acongojado al solo pensamiento de cómo y dónde pasaría aquella noche su Charito.

Dejó la moza sobre la mesa las tazas, la tetera que empleara para servir la tila y una monumental botella de aguardiente de cazalla, y el sargento, tras llenar la taza de su superior de tila... y la suya de cazalla hasta el borde, continuó:

—Yo creo que no debe usted de preocuparse tanto... Esa moza ha

demostrado que no es de las que se amilanan por nada, ni ante nadie... Acuérdesse usted de cómo le zumbaba la badana a ese brutazo de Antón... ¡Yo creo que se basta ella sola para espantarse moscones!

Y el bueno del sargento reía a carcajadas al recordar el lance de la cuadra del cuartel.

Dibujóse también una leve sonrisa en el rostro apesadumbrado del teniente:

—Es verdad... pero preferiría más saberla en su casa, que no sabe Dios dónde...

—¿Otra tacita de tila, mi teniente?—preguntó obsequioso el sargento, sirviéndose otro cuenco de aguardiente.

—No, gracias. Parece que ya estoy un poco mejor.

—Pues entonces, si le parece, iremos a acostarnos.

—Sí—contestó suspirando Medina—, vamos a descansar... si es que podemos.

—¡Pues no hemos de poder!—afirmó convencido Carrido, que esperaba pasarse la noche de un tirón.

Y teniente y sargento, despidiéndose del dueño de la casa y guiados por una fámula se dirigieron hacia su alojamiento, una habitación espaciosa con dos camas.

.

En un rincón del comedor, acababa su condumio uno de los cabos del escuadrón, que saciado el apetito hasta rebotarle comida y vino por los ojos, había pensado sin duda iniciar un "flirt" con la moza que le sirviera, sin fijarse en que fuera desgarbada y quintañona.

—Oye, muchacha—la dijo acariciando cuanto pudo el diminutivo—, si tú fueras buena chica me dirías una cosa.

—¿Y ahora, qué quiere? No me mire tanto, que paice usté talmente un oculista...

—¿Es que estoy muertecito por tus pedazos, gitana! ¿Dónde está mi habitación?

—Allá arriba—contestó la moza manteniéndose a regular distancia de la mesa.

—Supongo que vendrás a acompañarme, ¿verdad? —continuó el cabo girándole vertiginosamente las niñas de los ojos en las cuencas.

—Sí que iré. ¿Y qué?

—Que si tú quisieras... cuando acabaras de servir venir a vigilar-me el sueño—insinuó el granuja.

—¡Yo! —protestó la moza en una rebeldía de todo su ser—. ¡Habríase visto deslenguado! ¡Si no le doy así!

Y el brazo de aquella fiera alzóse hacia el cabo empujando una

botella pronta a caer sobre la testa del atrevido.

—¡Zambomba, que no es para tanto, muchacha!—protestó el cabo tomando precauciones para defenderse del posible botellazo.

Puso fin a aquella escena la aparición de Charito, que más muerta que viva, cansada de buscar inútilmente de un lado a otro del pueblo su alojamiento y al no hallarlo, se decidía a entrar en casa del alcalde en busca de un sitio cualquiera en donde dejarse caer de una vez, pues la pobrecilla no podía ya realmente tenerse en pie.

La moza, al ver aquel pimpollito de soldado, bajó el brazo que empuñaba la botella, plegó sus labios en aquella mucca que parecía una sonrisa y dijo, hecha pura jalea:

—¿Qué quieres, muchacho?

—Busco alojamiento, señora.

—¿Tras la papeleta?

—No, señora.

—¿Pero no te la han dado?

—Sí, señora.

—¿Pues entonces? —preguntó extrañada la moza.

—Se me ha perdido.

—Pues aquí no hay habitaciones vacías... a menos de que encuentres alguno que te ceda media cama.

—¿Media cama?—exclamó aterrorizada Charito—. Me gusta dormir solo.

—Pues va a ser difícil...—contestó la solterona devorando al rechuta con los ojos.

—Yo te cedo la mía—intervino a este punto el cabo—. ¡Hace un calor en ella de brasero... y prefiero pasarme la noche al raso!

Agradeció Charito aquella casualidad que la ponía al fin en posesión de una cama para ella sola y cuando el cabo, terminado su yantar, salió de la estancia, la zarandeada novia del granaja del teniente Medina se dispuso a seguir a la moza, que vela en ristre empezó a subir la escalera en busca de aquella habitación, que, según el cabo, tenía calores de horno.

Después de cruzar un dedaño de pasillos llegaron por fin a una puerta, que abrió la sirvienta, y Charo se vió en una habitación bastante aseada y bastante ancha.

En el centro de ella se veía una mesa de pino y un amplio sillón de cuero y, adosada a uno de los muros, una cama de hierro, que no debía de ser muy blanda, pero que era una cama, al fin y al cabo.

Y los ojos de Charo se fueron tras ella amorosos.

Pero más amorosos aun la miraban los ojos admirativos de la moza, que recordando los atrevimientos del cabito, se preguntaba extrañada, por qué no sería tan "oculista" aquel bisoño.

No estaba Charo para bromitas y así, cogiendo la vela que le entregara la sirvienta, hizo a ésta un ademán como de despedida y cerrando la puerta tras ella, se dispuso a la difícil operación de acostarse.

Difícil y archimonumentalmente difícil.

Cuando llegó trabajosamente hasta la cama y quiso tumbarse vestida—¡a cualquier hora se desnudaba ella en una casa desconocida!—se la presentó un problema insoluble.

Como sus posaderas estaban en carne viva, intentar echarse de cualquiera de los dos lados, era algo más imposible de resolver que la cuadratura del círculo.

Probó de un lado... del otro...

De sus labios salían unos ayes lastimeros y en su rostro se pintaban unas muecas de dolor capaces de ablandar a una peña.

A fuerza de probaturas acabó por hallar una solución que parecía conciliarlo todo.

¡Se acostaría de bruces!

¿Cómo no se le había ocurrido antes?

Dejóse caer en esa postura y por fin, al cabo de tantos días de trasiego y de sufrimientos espantosos, lanzó un suspiro de alivio.

¡Pobrecilla!

Si al menos hubiese sabido que allí, a unos metros de distancia, ta-

bique por medio, daba vueltas y más vueltas en su camastro, insomne y desasosgado, su *teniente Medina*...

Sin fuerzas apenas ni aun para pensar, Charito sintió que la invadía el sueño y unos segundos después había desaparecido de su imaginación el pasado, el presente y el futuro.

Había caído en una somnolencia febril.

Estaba de Dios, sin embargo, que aquella noche tampoco lograra el descanso que tanto apetecía.

Llevaría escasamente un cuarto de hora durmiendo, cuando la despertaron sobresaltada unos golpes dados en la puerta de la alcoba.

Púsose en pie todo lo rápidamente que pudo y fué hasta la puerta.

Abrióse ésta y hallóse de nuevo frente a la misma moza que le guiara a ella y que ahora precedía a un quinto.

¡Y aquel quinto, era Antón, el mismo con quien ya anduviera dos veces a la greña en el malhadado cuartel de caballería!

Charito sintió como si toda la casa se desmoronase sobre ella.

LA CATÁSTROFE

—¡"Figurilla"! — rió el brutote de Antón, al reconocer quién era su compañero de alojamiento aquella noche.

—¡Tú! — murmuró Charo que creía que estaba soñando despierta.

—El mismo—mugió el gañán.

—¿Sus conocéis? — preguntó la moza al oírles.

—Somos de la misma pandilla

—dijo Antón riendo groseramente.

—Pues mejor—contestó la moza—. ¡A dormir... y buenas noches!

Marchóse la maña tras cerrar la puerta, no sin dirigir una última mirada asesina a Charo y quedaron solos frente a frente los que podría llamarse con razón "los eternos rivales".

Charo se dijo que iba a suscitar-

se de nuevo la reyerta y que aquella vez la tocaría las de perder, pero se tranquilizó un tanto al oír a Antón que la decía cariñoso:

—Bueno, "Figurilla". Lo pasao, pasao. Ahora no semos más que compañeros... Las cosas del cuartel no son más que bromas.

Más tranquila si estaba en cuanto a los golpes, pero... aquello de pasar una noche a solas con un hombre...

Charito temblaba de pies a cabeza y ese temblor llegó a hacerse convulsivo al oír que Antón la preguntaba sonriente:

—¿Qué lao de la cama prefieres? A mí me gusta el de la pared... porque así no me caigo, si me da por soñar... ¿Y tú?

Y el muy bruto había empezado a quitarse la guerrera.

¡Iba a desnudarse!

¡Santo Dios!

Por fin logró despegar el paladar que lo tenía como cosido a la lengua y articuló aunque con bastante dificultad:

—Yo no me acuesto.

—¿No?

—¡No!

—Pues, chico, muchas gracias... —contestó gozoso Antón.

Y empezó calmamente a desnudarse.

—¿Pero... — exclamó aterrada Charo—, vas a desnudarte?

—¡Claro! No sé dormir vestido.

Charito no contestó y dirigiéndose hacia el sillón lo volvió de espaldas a la cama y aunque viendo las estrellas a través del techo de la habitación, logró sentarse y se dispuso a pasar la noche en vela, sin volver ni una sola vez la cabeza hacia la cama.

Antón, satisfechísimo de que se le dejara todo el catre para él, se desnudó en un periquete, quitóse las botas y después de tumbarse cómodamente sobre la cama trató de taparse con la manta.

Pero o la manta era corta o él era demasiado largo y los pies sobresalían del tapado y corrían el peligro de convertirse en un sorbete.

Un momento rascóse la cabeza para ver de dar solución a aquel problema.

—¡Ya está! — se dijo tras muchas cavilaciones.

Y volvió a ponerse las botas.

Charo no le perdía de vista con el rabillo del ojo.

El zanganote estaba ya a punto de quedarse dormido, cuando algo debió ver en la pared, que no sirvió ciertamente para tranquilizarle.

Era una chinche... seguida de la prole, que también debían de estar en maniobras.

Quitóse rápidamente una bota y

agarrándola por la puntera dió un taconazo formidable en la pared, en el sitio donde viera la "pandilla".

—¿Qué bruto! — clamó Charo sobresaltada.

Libre de enemigos, Antón se dispuso a acostarse de nuevo, pero antes le dijo bruscamente a Charo:

—¡Apaga la luz! No se puede dormir así.

—¡No! —negó con firmeza Charo.

—¿No? — gruñó Antón molesto.

Y ni corto ni perezoso disparó la bota contra la palmatoria, que rodó con estrépito por el suelo, dejando la habitación sumida en las tinieblas.

No estaba muy segura Charo de cuáles eran las intenciones de Antón, y al verse a oscuras se apresuró a ganar a tientas la puerta y el pasillo, por ver si hallaba afuera un lugar en que estuviese más a cubierto de cualquier contingencia desagradable.

El primer zapatazo de Antón, había sacado al teniente Medina de una especie de abotargamiento en que había caído harto de dar vueltas y más vueltas en su cama.

Miró hacia el tabique y descubrió sobre su cama, a una altura regular, un ventanillo.

¿Qué ocurría en la habitación de al lado?

Medina incorporóse en el lecho, púsose en pie sobre éste y alcanzó el ventanillo, a través del cual miró curiosamente.

¡Cielos!

¿Qué era aquello? ¿Estaba despierto o soñaba?

Charo, su Charo, estaba en la habitación de al lado, pared por medio de la suya.

Rápidamente, el teniente Medina procedió a acabarse de vestir, pues se había acostado sin más que quitarse las botas y la guerrera, y ya se dirigía hacia la puerta, cuando llegó a sus oídos el estruendo producido por el disparo de la bota de Antón sobre la palmatoria.

Dirigióse apresuradamente a la puerta, abrióla, salió al pasillo y no tardó en llegar a la puerta de la habitación donde había visto a su novia.

Esta, al salir, había dejado la puerta entornada, por lo que Medina no tuvo que hacer más que empujarla para poder entrar.

La habitación estaba a oscuras y allá en el fondo se oía respirar a una persona, como si estuviese durmiendo.

¡Era ella!

Dió unos pasos Medina hacia el

lugar de donde provenía el ruido y murmuró a media voz:

—¡Charo! ¡Charito... soy yo!

Un sonoro ronquido fué la única respuesta a su llamamiento cariñoso.

Avanzó unos pasos más y llegó al fin a tropezar con la cama.

Tendió ambos brazos y una de sus manos tropezó con otra que colgaba fuera del embozo.

Apoderóse de ella Medina y llevándola a los labios y estampando en ella un ósculo prolongado volvió a murmurar:

—¡Charo!... ¡Charito!

Un grito y una interjección completamente lacayuna, fueron la contestación a sus extremos amorosos.

En aquel momento regresaba Charo armada de una nueva palmatría y se detuvo estupefacta en la puerta.

El asombro de Antón al ver junto a su cama al teniente Medina y el de éste al darse cuenta del equívoco de que había sido víctima, no es para descrito.

Alvaro, al comprobar que había besado la mugrienta mano de Antón, sacó disimuladamente el pañuelo del bolsillo y se limpió los labios con un gesto de repugnancia.

—¡Mi tiniente! — murmuró Antón apresurándose a ponerse en pie,

tupándose con la manta y cuadrándose como lo que era, como un quinto.

Medina, que se había puesto serio al ver la situación ridícula y violenta en que se hallaba, contestó con frases secas y entrecortadas:

—Sí... soy yo... Coge tu ropa y sal a vestirte ahí fuera... Tengo que hablar con este... quinto... a solas.

—Sí, señor... mi tiniente. Voy en seguida...

Y Antón, que no volvía de su asombro, cogió en un montón las prendas de su uniforme y envolviéndose en la manta para tatar lo más posible sus desnudeces, se dirigió a la puerta y no tardó en hallarse en el pasillo, haciéndose cruces de lo que acababa de pasar.

Ya a solas Alvaro y Charito, miráronse unos segundos en silencio.

—¡Charito! — empezó al fin Alvaro tratando de acercarse cariñoso a su novia.

—¡No te acerques! — protestó Charo sublevándose a un tiempo todos sus pudores—. ¿Qué has venido a hacer aquí?

—Te he visto desde aquel ventanilla... y no he podido resistir el deseo de estar junto a ti... ¡Charo! No me rechaces... por Dios...

El teniente Medina, olvidando

todas sus torturas pasadas, se sentía ahora hombre... y enamorado.

Pero era precisamente en aquel papel en el que menos quería verle Charito a aquellas horas y en aquel sitio...

Por eso, cuando él trató de estrecharla entre sus brazos, la muchacha, indignada y rebelde, le rechazó con fuerza y al ver que insistía en sus intentos y que pretendía besarla, cortó la acción con una bofetada mayúscula.

Pero vino a hacerlo en el mismo instante en que se abría la puerta y aparecían en ella el sargento y el cabo, que acudían alarmados por los ruidos sospechosos que se oían en aquella habitación.

Charito, sorprendida infraganti en un delito de desacato de palabra y de obra a un superior y sin saber cómo salir de aquel mal paso, se precipitó hacia una ventana que daba al tejado de la casa y saltando por ella empezó a hacer acrobacias sobre las tejas.

Para el cabo, ignorante de las relaciones que pudieran existir entre aquel quinto y su teniente, el acto de abofetear a éste se presentaba en toda su trágica realidad.

Cuando vió que el culpable emprendía la huida, salió al pasillo y empezó a dar gritos desaforados en demanda de auxilio.

En un momento toda la casa y aun las vecinas despertaron sobresaltadas y unos minutos después acudían a su voces soldados que abrían de todas las puertas a las voces de auxilio del cabo.

Medina y Garrido, que sabían a qué atenerse en cuanto al pretendido delito de desacato, no tuvieron más remedio que aceptar los hechos tal como se presentaban y autorizar y aun acuciar la caza del fugitivo.

Y a la luz de la luna empezó una caza del hombre por los tejados, que pronto se convirtió en un espectáculo digno de admirarse.

Charo, a quien parecían haber nacido alas, volaba sobre las resbaladizas tejas a riesgo de matarse, pero con mucha más rapidez y soltura que sus perseguidores.

Su agilidad hizo que la persecución se prolongase y que acabase por estar sobre las armas y sobre sus huellas el escuadrón entero, que no dejó en todo el pueblo, ni tejado, ni rincón por registrar.

Ocultándose tras las chimeneas y las buhardillas, Charo logró llegar a las bardas de un corral y una vez allí se dejó caer sobre un montón de paja, entre la que se ocultó cuidadosamente.

Los soldados recorrieron infructuosamente durante toda la noche y varias veces el pueblo.

Charo no aparecía por ninguna parte.

Mientras duraba la caza, Medina y Garrido se comunicaban sus angustias.

—¡Acabarán por cogerla!—decía Medina retorciéndose las manos con desesperación.

—Mucho lo temo, mi teniente... Si no esta noche, mañana... o pasado... ¿Por dónde va a escapar si las carreteras y los caminos están llenos de soldados?

—¿Y si la cogen...?—murmuró con miedo Medina.

El sargento se estremeció al oírle.

Y con voz sepulcral contestó:

—¡Si la cogen... nos fusilan a los tres!

—¿Qué haremos, Garrido, qué haremos? — preguntó Medina angustiado.

—¡No sé, mi teniente!

Pero éste ni le oía siquiera.

Sabía lo que significaba la captura de su Charito: un Consejo de Guerra sumarísimo...

¡Y cuatro tiros!

¡Pobre Charito!

Y todo por aquella condenada de Trini, la bailarina.

¿Si la cogiese entre sus manos!

EN LA TRAMPA

A la mañana siguiente, apenas si sirvió para algo la diana acostumbrada de la banda de cornetas.

El que más y el que menos, había pasado en vela aquella noche, realmente toledana.

Al primer toque de clarín, todas las puertas de las casas del pueblo

empezaron como a vomitar hombres y caballos, y aun no se había extinguido el eco de las cornetas, cuando ya estaban reunidas las fuerzas en la plaza del pueblo.

Tan despiertos como los soldados, los habitantes se aglomeraban al paso de los soldados, que salían de

madrugada para desarrollar un supuesto táctico en los alrededores del pueblo.

Charo no había sido hallada todavía, y Medina y Garrido estaban un poco más confiados, pensando que aquella locuela habría hallado un medio, o bien de ocultarse o de huir a campo traviesa.

Sin embargo, no las tenían todas consigo, porque por orden del coronel había quedado en el pueblo una patrulla encargada de revolverlo todo de arriba a abajo para apoderarse del reo.

¿Conseguiría escapar la traviesa muchacha?

Y aquel día el teniente Medina y el sargento Garrido fueron los más mediocres militares del mundo. ¡Y no había para menos!

Ya a la caída de la tarde, terminada aquella última fase de las maniobras, las fuerzas expedicionarias regresaron a sus alojamientos, para pasar la última noche de descanso antes de emprender el regreso definitivo a sus cuarteles respectivos.

A su entrada en el pueblo, esperaba a Medina y Garrido una noticia que colmó su desesperación: la patrulla de vigilancia había logrado capturar a la pobre Charito.

Presentado el reo al coronel, ter-

minado el desfile de las fuerzas, ordenó aquél que fuese encerrado en un calabozo provisional, hasta que su caso fuera juzgado por un Consejo sumarísimo, que se reuniría en la alcaldía a la mañana siguiente.

¡El temido Consejo de Guerra sumarísimo!

Al teniente Medina y a Garrido no les llegaba la camisa al cuerpo... porque en aquel Consejo acabaría por descubrirse la verdad, y ellos serían reconocidos culpables y juzgados al mismo tiempo que Charo.

Para agradecer en cierto modo la acogida que el pueblo había dispensado a las tropas, el coronel dispuso que la banda del regimiento diera un concierto en la plaza, concierto que se convertiría en baile, para que la gozase en grande los mozos y las mozas del pueblo... y los soldados, que, a pesar de su cansancio, se prometían bailar hasta la madrugada.

Y a la hora señalada, en la plaza se volcaba, metieralmente, el pueblo entero, grandes, chicos y medianos.

Los mozos habían engalanado la plaza, de árbol a árbol, con cadenera de colores y farolillos a la veneciana.

¡Y poco que se hinchó aquella

noche de bailar la moza solterona del mesón del señor alcalde!...

Mientras todo era alegría y holgorio en la plaza, allá en su calabozo provisional, un camaranchón en una planta baja, con una ventana enrejada que daba a una calleja, lloraba a solas sus desventuras la testaruda Charito Sotomayor, que veía llegar su aventura a un desenlace que, por lo menos en sus comienzos, se anunciaba trágico a más no poder.

En su mente acalorada desfilaban ahora todos los acontecimientos de aquella aventura fantástica que tuvo sus comienzos en aquel minuto desgraciado en que su "carabina" inseparable, la meliflua miss Brown, la dejara una buena mañana a la puerta del cuartel de Caballería, de donde era el oficial más gallardo, su prometido, el teniente Alvaro de Medina.

Repasaba después aquel momento en que sintió en su pecho la mordedura del áspid venenoso de los celos...

Aquella Trini, la bailarina, morena, guapa, provocativa, que traía de cabeza a los hombres, por docenas, de lo que podía servir de ejemplo el peripuesto Pepe Pulido, el capitán de los bigotes engrasados.

¡La rabia que le produjo el que su Alvaro tuviera la desfachatez de presentarla en el cuartel como su "futura esposa".

Fué aquello, precisamente aquello, no la infidelidad en sí, lo que la sacó de quicio y la lanzó en la aventura, que ahora iba a purgar de una manera dolorosa.

Porque ella no se hacía ilusiones.

Poco sabía de los procedimientos militares, pero a sus carceleros y aun al mismo coronel les había oído hablar de un Consejo de Guerra sumarisimo, y recordaba perfectamente que cuando por casualidad leyera uno de aquellos severos actos en la prensa, vio que siempre acababa en pena de muerte y la consiguiente ejecución al despuntar el día.

Un sudor frío recorría su cuerpecito a la sola enunciación mental de aquel desenlace.

¿Serían capaces de fusilarla?

Eran muy inflexibles — según ella — aquellos hombres que jugaban a la guerra con la sonrisa en los labios.

Y sin embargo...

En los momentos de lucidez, cuando el barullo de sus ideas la permitía reflexionar, se decía que llegado el momento del Consejo, ella declararía la verdad.

Su sexo.

El por qué de su estancia en el cuartel.

Su amor.

Sus celos.

El por qué de la bofetada que le diera a Alvaro Medina, no al teniente.

Había una diferencia enorme entre un novio y un oficial.

Y Charito se decía, que en conciencia no podían condenarla por aquello, que no dejaba ser una cosa corrientísima y muy humana.

Pero, ¿la harían caso aquellos hombres?

¿Atenderían a razones o...?

Puede comprenderse que Charo Sotomayor de todo tenía ganas en aquellos momentos trágicos menos de reírse...

Y eso que a veces amenazaba con retozar en sus labios una sonrisa al recuerdo de Alvaro Medina besando rendidamente la mano peluda y maloliente del brutísimo de Antón.

¡Aquello era cómico de verdad!

¡Pero, sí, sí!...

¡Para risitas estaba ella!

.

Y precisamente, mientras ella hacía esta especie de examen de conciencia retrospectivo, allá en el exterior, en la puerta que daba acceso a su calabozo de presunto condenado a muerte, ocurría algo que po-

día cambiar radicalmente la suerte que le estaba reservada.

Por la calle avanzó una patrulla que venía a relevar al centinela que desde dos horas antes paseaba intermitentemente ante la reja de su calabozo provisional.

Y, caprichos del destino, el centinela que ahora había de seguir custodiándola el resto de la noche, no era otro que Antón.

Antón, que sentía bullir en su alma el remordimiento, porque su declaración era hasta entonces la única condenatoria para el presunto reo.

Porque había sido él quien certificara ante el coronel que Charo había dado una sonora bofetada a su teniente.

—¿Y usted cómo lo sabe?—preguntó el coronel, que hasta entonces no había cosechado más que negativas en todos los interrogatorios, incluso del mismísimo teniente Medina y aun del sargento Carrido.

—Porque lo vide desde la puerta. Cuando el tiniente me mandó salir... la maldita curiosidad me hizo quedarme detrás de la puerta y los guipé por la rendija en el momento oportuno...

¡Cómo le escocían ahora estas declaraciones!

Porque le habían asegurado que por su sola declaración sería Canuto condenado a muerte.

—Ya lo sabes—le decía a Antón el cabo de la guardia, repitiendo por una vez más la consigna rigurosa que dicía antes a los varios centinelas—, si el preso trata de fugar, fuego sobre él sin compasión. Si alguien se acerca a la reja: fuego. Si vea avanzar a alguien por la calleja y no se detiene en seguida a la voz de alto, fuego. ¿Has comprendido?

—Sí — contestó temblando Antón—. ¡Fuego a todo bicho viviente!

—Eso es.

Alejáronse los compañeros y allí quedó más solo que un hongo el buen Antón mirando atemorizado a todas partes.

Durante unos minutos no se atrevió a moverse de donde le dejaran y ni aun siquiera se atrevió a acercarse a la verja tras de la cual estaba, dolorido, su compañero.

—¿Y pensar que me dejó la cama pa mi solo!—murmuraba para sí el infeliz—. ¡Y yo le he pagado denunciándolo! ¡Soy un maldito!

Le temblaban las piernas y poco faltaba para que se le escapase el fusil de entre las manos.

¡Y estaba cargado!

De pronto algo le volvió a la realidad y apretó convulsivamente el cañón del arma entre las manos.

Se oía ruido calle arriba.

Sí... Allí se acercaban unos bultos.

El miedo no le dejó ni aun articular el alto reglamentario.

Los bultos se le echaron encima.

Respiró...

Era un cabo que llevaba del brazo a dos mujeres.

Por aquel lado no había peligro.

Irían hacia la plaza para tomar parte en la fiesta.

Pero cuando estuvieron frente a él, por poco se cae de espaldas.

El cabo, señalándole a él y dirigiéndose a sus acompañantes, después de mirarle con un desprecio que levantaba roncha, las dijo:

—¡Ahí lo tenéis! ¡Ese es el... valiente que ha denunciado al pobre "Figurilla"!

—¿Ese? — preguntó rencorosa una de las mozas.

—Sí... Esa acémila.

—¿Y le harán algo al pobre muchacho?

—¿Al preso? ¡Fusilarlo na más!

—¿Fusilarlo?

—En cuanto amanezca.

—¡Qué horror!

—¡Jesús!

—¿Y ha sido ése el que lo ha denunciado? — preguntó una de ellas incisiva.

—Sí... ese mastuerzo.

—¡Canalla!

—¡Asesino!

—¡Asesino!

—¡Asesino!

Aquellas tres imprecaciones salidas de tres labios distintos, fueron para el pobre Antón como tres puñaladas.

Ya hacía media hora que el cabo y sus acompañantes habían desaparecido tras la esquina y aun continuaba Antón como un poste sin atreverse a moverse.

Por fin se recuperó algo y con paso incierto, andando casi de puntillas, se acercó a la ventana tras de la cual estaba el preso.

Iba a mirar hacia adentro, cuando tras los cristales divisó el rostro desentajado de "Figurilla", en cuyos ojos temblaban dos lágrimas.

¡Pobrecillo!

Antón volvió rápidamente la cabeza para no verlo.

¡Aquello era horrible!

¡Tan joven, tan simpático y lo iban a matar... por su culpa!

Por un momento se le representó allá en su imaginación el cuadro de la ejecución.

St., lo veía al amanecer, en pie, junto a una tapia, con los ojos vendados, en mangas de camisa.

Y frente a él un pelotón apuntándole con los fusiles.

Sonaba una voz de mando:

—¡Apunten!... ¡Fuego!

¡Prarrumpum!

Una descarga espantosa y el po-

bre "Figurilla", que herido en pleno corazón hacía una pirueta espantosa y se desplomaba sin vida.

¡Y por su culpa, Señor, por su culpa!

¡Oh, aquello era horrible!

¿Si él pudiese?

Porque él no era una fiera y estaba dispuesto a salvar a su compañero fuese como fuese.

Como respondiendo a su pensamiento oyéronse unos pasos rápidos por la calleja.

Apartóse de la reja y fué a situarse en la confluencia de las dos calles.

La que se acercaba era una mujer.

Antón cuando la tuvo cerca no tardó en reconocerla.

Era la criada del mesón.

Como las otras mujeres, en cuanto estuvo frente a él, murmuró con ira, como escupiéndole el rostro:

—¿No te da vergüenza, asesino?

¡Por ti, por ti van a matarlo al pobretico... tan guapo y tan jovenico! ¡Verdugo! ¡Asesino!

—¡Ya lo sé!... ¡Ya!—sollozó casi Antón—. Pero, oye...

Y antes de seguir hablando miró cautelosamente a uno y otro lado por ambas calles.

—¿No tendrías en tu casa... una saya...?

—¿Una saya?—preguntó la moza, que había adivinado.

—Sí... una saya o algo que se le parezca... para disfrazar a ese de mujer...

—¿Vas a salvarlo?

—Sí.

—¿De veras?

—Aunque me cueste lo que me cueste.

—Pues sí que tengo—contestó la moza iluminándose su rostro con una sonrisa de esperanza.

—Pues corre y vuelve pronto... antes de que sea demasiado tarde.

No se hizo repetir las palabras dos veces la solterona y salió corriendo como una liebre perseguida por los galgos.

En cuanto desapareció la moza, Antón, a quien parecía habersele quitado un peso enorme de encima, echóse el fusil al hombro y empezó a pasearse rápidamente de un lado a otro por frente a la ventana del calabozo.

Se sentía otro hombre.

A pesar de su brutalidad, comprendía que iba a realizar un acto heroico y estaba satisfecho de sí mismo.

Ya no matarían a aquel infeliz y a él ya no podrían llamarle, como antes, asesino.

Los segundos le parecían siglos.
¡Cuánto tardaba la moza!

Por fin la vio llegar como una corza calle abajo.

—¿Traes eso? — la preguntó sin

apenas dejarla llegar hasta donde él se hallaba.

—Sí... un traje completo de moza—contestó jadeante la sirvienta.

—Trae aquí y vigila si viene alguien.

Cogió el llo que ella le dió y se acercó a la puerta del calabozo.

Corrió el cerrojo temblándole las manos y abrió un tercio de puerta.

Charito, que estaba medio caída en su camastro, se levantó sobresaltada.

—¡Canuto! — llamó Antón en voz baja.

—¡Qué susto me has dado! — murmuró Charo al reconocerle—.
¿Qué quieres?

—¡Toma esto... y vístete de prisa!

—¿Y qué es esto?

—Un traje de moza.

—¡Ah!

—¡Vístete como un rayo, por todos los santos!

—¿Vas a salvarme?

—Sí.

—¡Gracias, Antón, Dios te lo pague!

—¡Amén!

Y Antón volvió a cerrar la puerta y volviéndose a la sirvienta que esperaba el resultado de la entrevista, la dijo:

—Y tú, lárgate a escape, no vaya a venir alguien y lo descubra todo antes de hora.

—Ya me voy, hombre... ya me voy... Ahora ya me eres más simpático.

Y tras este postrer píropo, que a Antón le supo a gloria, la moza se volvió tan ligera como había venido.

Reanudó Antón sus paseos nerviosos, mientras Charo se cambiaba precipitadamente de ropa, palpitante el seno al ver tan cerca la ansiada libertad.

Al cabo de un rato se estremeció. Acababa de oír un ruido tenue. Venía de calle abajo.

Y se acercó a la esquina para escuchar.

De pronto sintió que alguien le tocaba en el hombro y se volvió rápidamente más muerto que vivo.

Estuvo a punto de caerse de espaldas.

—¡Mi... tiniente... a la orden!— balbuceó.

Efectivamente, tenía ante él al teniente Medina... el abofeteado.

¡Adiós fuga... y adiós Canuto!

—Buenas noches, Antón — dijo Medina después de convencerse de que estaban solos—. ¿El preso está ahí dentro, verdad?

—Sí, mi tiniente.

—¿Sabes la consigna?—preguntó Alvaro, que no sabía por dónde empezar.

—Sí, mi tiniente. Fuego por arriba y por abajo.

—¿Y si alguien te dijera que cerrases los ojos un momento...—empezó a decir Alvaro casi al oído del centinela.

Antón creyó que aquel hombre trataba de probar su lealtad y contestó sin vacilar:

—¡Cumpliría la consigna!

Medina vaciló un momento.

Pero su deseo pudo más que sus temores e insistió:

—¿Y si alguien te ofreciese dinero... mucho dinero... por dejar escapar ahora mismo al preso?

Antón siguió creyendo que Medina hablaba para probar su honradez y contestó antes de que terminase la pregunta:

—¡Dispararía contra él sin compasión! ¡Fuego a todas partes... mi tiniente!

—¡Qué bruto!—se dijo para sí Medina—. No va a echar a perder todo el plan que habíamos tramado.

Y ya se disponía a emplear otros procedimientos persuasivos, incluso la fuerza, cuando las palabras murieron en sus labios, ahogadas por un grito de sorpresa.

Acababa de abrirse la puerta del calabozo y en ella había aparecido Charito Sotomayor vestida de mujer, con un traje completo de campesina aragonesa.

Al verse descubierto, Antón cayó de rodillas ante su tiniente pidién-

dole perdón con frases que partían el corazón.

El pobre hombre no podía ni hablar y de su garganta sólo salían sollozos entrecortados.

—Vamos, hombre, levántate... y no temas nada. Yo también venía a salvarlo—dijo Medina ayudándole a ponerse en pie.

—¿De veras, mi tiniente?

—Sí, hombre, sí... y no temas nada, que yo te salvaré.

Y al ver a Antón ya completamente tranquilo, se acercó rápidamente a Charo y cogiéndola cariñosamente de las manos, murmuró:

—¡Qué rato más malo me has hecho pasar, alma mía!

—¡Y el que yo he pasado!

—¡Por tu culpa!

—¡Por la tuya!

—No, que yo no tuve ninguna. Aquella mujer fué al cuartel sin que yo lo supiera.

—¿Sin que tú lo supieras?

—Sí. Te lo juro. Yo había escabado con ella para siempre. Fué el idiota de Garrido el que, creyéndose que eras tú, dijo al capitán que era mi futura esposa. ¿Me perdonas?

—Si es verdad eso...

—Te lo juro.

—Pues bien, te perdono, Alvaro. Pero...

—Sí, ya sé lo que vas a decirme. Es preciso que te vayas en seguida. Procura esconderte en cualquier sitio... y mañana ya veremos el modo de sacarte del pueblo sin que nadie se entere.

—¿Y a dónde voy?

—Vete a la posada donde estuvimos anoche. La moza te ayudará. Dila que vas de mi parte.

—¡Adiós, Alvaro!

—¡Adiós, mi vida!

Y un momento se juntaron sus cuerpos en un abrazo.

Antón no volvía de su asombro.

—¡Quién iba a pensarse que el teniente estaba enamorado de un quinto!—exclamó el sopenco—. La verdad es que se ve cada cosa en este mundo...

Aun permaneció el teniente Medina unos instantes en la esquina viendo alejarse a su novia, hasta que la vió desaparecer calle abajo, libre de todo tropiezo.

Y el bruto de Antón, moviendo la cabeza seguía murmurando:

—¡La verdad es que si no lo hubiera visto con mis propios ojos, no lo hubiera creído!

No le cabía en la cabeza aquel amor que él consideraba monstruoso en su pobre capacidad.

EL IMPORTUNO OPORTUNO

Cuando, ya más tranquilo, Alvaro Medina volvió hacia donde se hallaba el centinela, para darle instrucciones sobre lo que había de decir al ser descubierta la fuga, oyeron pasos calle abajo y vieron venir hasta ellos un hulto que al principio no reconocieron.

—¡Alto! ¿Quién vive? — gritó Antón pronto a echarse el fusil a la cara.

—¿No me conocen? — gritó el intruso—. Soy Canuto.

—¡Canuto! — exclamó Antón que no comprendía aquel galimatías.

—¡Canuto! — murmuró a su vez Medina, que vió en aquella llegada tan oportuna algo de providencial.

—El mismo, mi tiniente...

—Pero, ¿cómo estás aquí?

—Pues que cumplí el arresto... y el tiniente de guardia me dijo que me viniese acá a incorporarme a mi escuadrón, que estaba de "menio-bras".

Alvaro Medina concibió en un momento un plan que era muchísimo mejor que el que él y el sargento Garrido fraguaron durante aquellas horas de angustias trágicas.

—Muy bien... hombre — murmuró dándole unas palmaditas cariñosas al cernícalo de Canuto Pérez, el auténtico—. ¿De modo que lo único que te hace falta es un uniforme... y al cuerpo, no es eso?

—Sí, mi tiniente.

—Pues mira, ven acá...

Y Medina lo llevó hasta la puerta del calabozo que aun estaba entreabierta.

—Entra ahí y vistete.

—¿Que me vista?

—Sí... ahí dentro está tu uniforme.

—Muy bien, mi tiniente. Pues en cinco minutos estaré listo.

Y sin desconfiar lo más mínimo, Canuto Pérez entró en el calabozo.

Aun no había acabado de entrar, cuando el teniente Medina cerró violentamente la puerta tras él y corrió el cerrojo presuroso.

Canuto oyó aquel estrépito tras sí y volvió la cabeza para ver qué nueva jugarreta iba a jugarle el destino.

¿Irian a pelarle aún más?

Como no viera nada sospechoso en la habitación y encontrara sobre la cama, conforme le dijera el teniente, un uniforme completo, se encogió de hombros filosóficamente y empezó a vestirse con calma.

—Y ahora ya sabes—le decía entretanto el teniente Medina a Antón—. Tú no has visto nada, ni sabes nada. Tú no has abierto el calabozo ni te has asomado siquiera a la ventana. El hombre que hay ahora ahí dentro, es el mismo que

estaba encerrado cuando te hiciste cargo de la guardia. ¿Estamos?

—Estamos, mi teniente.

—¡Pues hasta mañana... y ojo con cantar, porque tendrás que habértelas conmigo!

—¡No cantaré, mi teniente! Descuide... seré mudo como una piedra.

—Así lo espero... ¡Adiós!

—A la orden de usted, mi teniente.

Alvaro Medina iba calle adelante saltándole el corazón alborotadamente dentro del pecho.

Era aquella la mejor batalla que ganara en toda su vida de militar.

Le había arrancado una presa segura a la muerte.

Y viéndole alejarse, Antón, el "eterno rival" del Canuto Pérez de *doublé*, murmuraba pensativo:

—¡Decididamente que si no lo veo no lo creo! Y aluego dicen...

LAS TRIBULACIONES DE UN CORONEL

Aun cuando la noche se la habían pasado todos los habitantes del pueblo de claro en claro, al son de la charanga del regimiento, el baile no hizo el sueño tan pesado para la mayoría de ellos, que no se despertasen al despuntar el día, para asistir a aquel espectáculo inesperado y tan fuera de lo corriente: un Consejo de guerra.

Verdad es que todos lamentaban la desgracia de aquel pobre muchacho que por una simple bofetada iba a ser condenado seguramente a y ejecutado sobre la marcha.

Desde el primer momento, todas las simpatías del público estaban de parte del reo.

En cuanto a los oficiales, asistían a aquel acto a su pesar.

No era ciertamente una diversión tener que disponer de la vida de un hombre, aun cuando este hombre hubiese cometido una falta de las que más severamente castiga el Código de Justicia militar.

Ya en las escaleras de la casa

Ayuntamiento, lugar escogido para la celebración del Consejo, los oficiales que habían de formar la mesa, cambiaban impresiones en voz baja, como apesadumbrados.

Cuando faltaban unos minutos para la hora señalada, llegó el teniente Medina, acompañado del capitán Pepe Pulido, que era el que actuaba de fiscal en la causa.

—A sus órdenes, mi coronel — saludó, cuadrándose, el teniente.

—¿Acabó el cargo? — preguntó su superior.

—Sí, mi coronel.

—Perfectamente.

Y volviéndose a los oficiales, añadió:

—Cuando ustedes gusten, señores...

Y dando el ejemplo empezó a subir las escaleras, seguido de sus subordinados, que lo hicieron lentamente, como el que va a cumplir a la fuerza una misión que le es desagradable.

...

La sala, al llegar el Consejo, estaba de bote en bote.

La expectación era enorme y todos los congregados cambiaban impresiones en voz alta y aun llegaban a veces a discusiones airadas.

Al ver entrar a los oficiales, los murmullos y las voces cesaron como por encanto y los oyentes se dispusieron a no perder una sola sílaba de lo que allí fuera a decirse.

En la mesa presidencial tomó asiento el coronel, con la plana mayor del escuadrón.

Pepe Pulido, en su calidad de fiscal, tomó asiento en una mesita aparte, a mano derecha de la presidencia.

Al mismo lado y un poco apartados, lo hicieron el teniente Medina y el sargento Garrido, que eran los testigos de cargo... al menos por lo que al aspecto oficial se refiere, aunque tanto uno como otro estaban dispuestos a hacer cuanto estuviese en su mano en favor del reo.

Ya iba el coronel a agitar la campanilla para declarar abierta la vista, cuando el sargento Garrido, que parecía tener hormiguillo y no podía estarse quieto en la silla, acercóse al coronel y en voz baja empezó a decirle:

—Mi coronel...

—¿Qué desea usted, sargento?

—Tengo que hacer una declaración que es indispensable... y es un cargo de conciencia...

—¿Tan grave es lo que tiene usted que decirme? —preguntó el coronel verdaderamente alarmado por el aspecto serio del sargento.

—Sí, mi coronel... Canuto Pérez... el reo que se va a juzgar... no es Canuto Pérez.

—¿Eh?

—No, mi coronel... Es una mujer.

—¿Una mujer?

—Sí, mi coronel.

—Pero ¡quiere usted explicarse, con cien mil demonios! —gruñó el coronel, que no entendía aquel galimatías.

—Verá usted, mi coronel... Recordará usted cuando se presentó en el cuartel el día que salimos de maniobras la futura esposa del teniente Medina.

—Sí...

—Pues, poco después, llegó al cuartel Trini, la bailarina, un amorfo antiguo de mi teniente...

—Estoy enterado de ese trapiqueo.

—Trini, que quería romper a toda costa el matrimonio del teniente Medina, supo que Canuto Pérez no se había presentado a la lista y que había una vacante de prófugo... y se le ocurrió vestirse de soldado y

hacerse pasar por el verdadero Canuto Pérez...

—¿Zambomba!

—Sí, mi coronel... Siguió al teniente a las maniobras y cuando éste descubrió la supercheria tuvieron una escena y, al decirle él que había terminado todo entre los dos... ella... pues... le abofeteó.

—¡Demonio! ¿Y dice usted que Canuto no es Canuto?...

—No, mi coronel...

—Pues esto cambia completamente la cuestión... porque, ¿cómo vamos a fusilar a una mujer?...

—Eso creo yo...

—Bico, sargento Garrido, cuéntele lo que me acaba de contar al fiscal...

Garrido, que vió el cielo abierto, pues ignorante de la substitución del falso Canuto por el verdadero, creía haber salvado a Charito... que para él seguía siendo Trini, la bailarina, se acercó al capitán bailándole la alegría por todo el cuerpo.

En pocas palabras le puso al corriente de la realidad de los hechos.

Cuando juzgó que habían terminado la conversación, el coronel agitó la campanilla y declaró abierta la vista.

—Que traigan al prisionero — ordenó a la pareja de guardia.

Un momento después, entre An-

tón y otros tres soldados hizo su entrada en la sala el verdadero Canuto, que vistiendo ya de uniforme, aquel uniforme tan anhelado, miraba a todas partes con azoramiento.

—Tiene la palabra el señor fiscal — dijo el coronel volviéndose hacia Pepe Pulido.

Este, tosiendo antes dos o tres veces con afectación, clavó una mirada de águila en el pobre Canuto y le soltó como un escopetazo:

—Acusado... Acabo de enterarme de algo que es realmente inaudito... Todos sabemos aquí que usted es una mujer...

El pobre Canuto miró a todas partes, preguntándose si le habían encerrado en una jaula de locos.

—¿Yo?... — balbuceó más muerto que vivo.

—Sí, usted. ¿Verdad, teniente Medina?

—Sí — afirmó Alvaro con un enérgico ademán de cabeza.

—¿Verdad, sargento Garrido?

—Sí — contestó en la misma forma el sargento.

Canuto miró a aquellos hombres como si hubiesen perdido el juicio, pero en los ojos de Medina y en los de Garrido, vió un guiño con el que le instaban, mejor dicho, le ordenaban que contestase que sí a las preguntas del fiscal.

¿Qué quería decir aquello?

Pero Canuto tenía tal miedo a los rigorismos militares, que se dijo que cuando todos aquellos señores, que llevaban estrellas en la bocamanga, aseguraban que era una mujer, él no era quién para contradecirles, a menos de exponerse a algo muy grave.

Y se dispuso a asentir.

Algo sería se le antojaba aquella mutación súbita de sexo, pero ¿qué le iba a hacer?

—¡Confíese! — insistió malhumorado el capitán.

—Pues, en fin... — balbuceó el infeliz—, puesto que ustedes se empeñan... sí, soy una mujer...

Y tan en su papel quiso ponerse, que falsificó la voz y aun ensayó unos coqueteos femeninos, que le valieron dos o tres recias puñadas de Antón y de sus acompañantes, que pese a todas las aseveraciones no se tragaban la bola, que les pa-

recía demasiado absurda, vista la cara de aquel cernícalo.

—¡Basta! — ordenó imperiosamente el coronel, agitando furiosamente la campanilla—. Puesto que el acusado... digo la acusada, ha declarado su verdadero sexo... el sumario entra en una nueva fase... Ese hombre... digo, esa mujer... no puede continuar llevando el uniforme... Que le traigan ropas de mujer para que vista como Dios manda...

Canuto Pérez, el verdadero Canuto Pérez abrió unos ojos de a palmo.

¡Aquello ya era más de lo que podía suponerse!

Pase que les divirtiese el hacerle pasar por mujer.

¡Pero de eso a ponerle sayas!...

Y el pobre muchacho abrió la boca para protestar airadamente contra lo que consideraba como un atropello incalificable e inaguantable.

UN DESENLACE INESPERADO

Pero los acontecimientos que se sucedían para él con una rapidez vertiginosa no le dieron tiempo a Canuto ni aun para articular el más leve sonido.

En aquel momento, rompiendo por entre las filas de público, irrumpieron en la sala unos cuantos soldados que traían casi a rastras a ¡Charito Sotomayor! vestida aún con su traje de campesina aragonesa.

La pobre muchacha forcejaba como una desesperada con sus aprehensores y pugnaba, aunque en vano, por desasirse.

El verse expuesta a la curiosidad de tanta gente había hecho subir a su rostro oleadas de sangre.

—¿Qué es eso? ¿Qué ocurre?— gritó el coronel, agitando la campanilla para imponer silencio, pues los comentarios eran en la sala un verdadero griterío—. ¿Quién es esa mujer?

—¡Mi coronel! — contestó el cabo que mandaba la patrulla—. ¡Esta mujer no es una mujer!

—¿Que no es una mujer? — gritó casi el coronel, que sintió que todo daba vueltas en torno suyo.

—¡Charito! — murmuró Medina al ver a su novia entre los soldados.

—¡Cataplum! ¡La caraba! — gimió el pobre sargento Garrido.

—No, mi coronel — contestó el cabo a la pregunta de su superior. — Este que parece una mujer, no es otro que el verdadero Canuto Pérez, que se ha disfrazado así para desertar...

—¡Para desertar!

—Sí, mi coronel... Lo hemos cogido cuando salía del pueblo e intentaba apartarse de la carretera cruzando a escondidas entre los sembrados a campo traviesa...

—Yo, mi coronel...—quiso protestar Charito.

Pero el presidente de la Sala de Consejo le cortó la palabra con un ademán enérgico.

—¡Silencio! — ordenó con voz de trueno.

Y el pobre hombre, ya fuera de sí, como medio loco al verse envuelto en aquella madeja que iba enredándose más y más a cada segundo, gritó como un poseso:

—¡Esto es inaudito, inconcebible, bochornoso, señores! ¡Jamás se ha visto cosa igual! ¡Fíjense ustedes!... ¡El, vestido de mujer y ella, de hombre!

Y se dejó caer hacia atrás en el sillón, como congestionado.

En la sala se produjo un guirigay ensordecedor.

Todos hablaban a un tiempo.

Faltos de la contención del presidente y distraídos los vocales de la mesa del Consejo, que hablaban entre sí, los del público echaban su cuarto a espadas sobre aquel embrollo sabrosísimo.

Y hubo un momento en que hasta se cruzaban apuestas:

—¡Te digo que él es ella!

—¡Es un hombre!

—¡Es una mujer!

—¡Que sí!

—¡Que no!

Al fin fué tanto el griterío, que el coronel pareció volver en sí, y

cogiendo la campanilla la agitó primero con furia y acabó por golpear con ella sobre la mesa, perdida ya toda continencia... y agotada su paciencia por completo.

—¡Silencio! ¡Silencio!

—¡Orden! ¡Orden! — le secundaba el capitán Pepe Pulido, que se restregaba los ojos como si fuese víctima de una pesadilla.

Cuando se aplacó algo la tormenta, Canuto, que asistía a aquella escena estupefacto, dió unos pasos hacia el tribunal y se atrevió a decir con voz firme:

—Señor coronel... Lo que yo he dicho antes es mentira...

—¿Eh?

—Sí, señor... Yo no soy una mujer...

—¿Pues qué es usted entonces?

—preguntó congestionado el presidente.

—Un hombre y bien hombre...

—¿Un hombre?

—Completamente hombre.

—¿Y no le da a usted vergüenza?

—¿De qué, mi coronel? ¿De ser hombre? No, señor... De lo que me daba mucha vergüenza es de que creyesen usías que era mujer...

El coronel, sin saber qué contestar, miró a una y otra parte como alclado, dudando quién era el más loco en aquel congreso.

Sus miradas se detuvieron con más fijeza sobre el teniente Medina.

Alvaro, que desde que viera entrar en la sala a su Charito, estaba fuera de sí, pugnaba por levantarse de la silla para aclarar de una vez la verdad, pero el sargento Garrido, que había adivinado sus propósitos, le mantenía en su sitio, sujetándole con fuerza por un brazo.

—¡Pero, señores! — gritó al fin el coronel descompuesto—. ¿En qué quedamos? ¿Es hombre o mujer?

Otra vez estuvieron a punto de estallar las apuestas entre los del público, pero Charito fué ahora la encargada de poner las cosas en claro.

—Si me permite el señor coronel... — dijo aprovechándose de la confusión de sus guardianes, y acercándose resueltamente a la mesa presidencial y echando hacia atrás el pañolón que cubría su cabellera enmarañada.

—¡Hable usted con cien mil de a caballo! — rugió el presidente.

—Ese hombre — dijo Charito señalando a Canuto Pérez — dice la verdad... y nada más que la verdad.

—Luego, ¿entonces?...

—Ese... es un hombre... es el

verdadero hombre de los dos... Ese es Canuto Pérez...

Y aprovechándose del estupor que produjera su declaración, Charito, con gran tranquilidad, empezó a contar su presentación en el cuartel, su argucia de suplantar a Canuto Pérez, a quien daban en el Escuadrón por prófugo...

Siguió el relato doloroso de la escena en la habitación del mesón, la noche de marra, de su pelotera con el teniente y de la bofetada que le propinara en un momento de arrebató...

—Luego ese hombre es... — dijo el coronel sujetándose las sienes con ambas manos.

—Canuto Pérez... el verdadero Canuto Pérez...

—Si ya se lo decía yo a usías... — intervino el "legítimo" Canuto.

—¡Cállese usted, animal! — rugió el coronel—. ¡Llévase! ¡Quitarlo de mi vista! ¡Y que le pongan cuatro días de arresto!

Y pese a las protestas del infeliz, que veía que todas las cosas acababan siempre en contra suya, los mismos soldados que trajeran a Charito lo sacaron a rastras de la sala.

—Pero, entonces — dijo el coronel pasado aquel postrer arrechucho—, ¿usted es?...

—Una mujer... La verdadera

mujer de los dos... ya se lo he dicho...

—¡Anda qué lástima! ¡Y era una mujer! — murmuró Antón dándose una puñada en la cabeza—. ¡Si lo hubiá sabido antes!

—Pero, de todos modos, nos quedamos sin saber quién es usted en realidad... — insistió el coronel, que ahora ante el semblante arrebolado de Charito ya no dudaba sobre su verdadero sexo.

La muchacha inclinó la cabeza ruborosa y en aquel momento Alvaro Medina logró vencer la resistencia del sargento y precipitándose hacia donde se hallaba su novia, vino a sacarla del apuro.

—Mi coronel — dijo con voz entera y además resuelto, yendo en busca de las responsabilidades, sin rehusarlas—, esta señorita es Charito Sotomayor, mi prometida, con la que voy a casarme dentro de breves días...

Otra oleada de murmullos y comentarios abogó las primeras palabras del coronel, que tuvo que tocar repetidas veces la campanilla para lograr que se restableciese el silencio.

—¡Orden, señores, orden!

Conseguido éste, el coronel, ya con la sonrisa en los labios, se puso en pie, tras cambiar breves palabras con sus compañeros de mesa,

y dijo mirando picarescamente a Charito, a la que le zumbaban los oídos de vergüenza:

—Señores, en vista de los acontecimientos que todos hemos presenciado, el Consejo acuerda por unanimidad inhibirse de esta cuestión... ¡Despejen la sala!

La orden fué obedecida con toda la rapidez deseada y poco después no quedaban en ella más que el coronel, Charito y el teniente Medina.

El primero, descendiendo del estrado, fué hasta donde estaban los novios, e inclinándose ante Charito la dijo, sonriente:

—Ahora, señorita... yo, como presidente del Consejo de Guerra... y como amigo, si usted quiere serlo mío...

—Con mucho gusto, mi coronel... —sonrió ruborosa la joven.

—...la ordeno... y la suplico, que haga las paces con este caballero... y que sean ustedes muy felices...

—Si usted nos lo manda... — dijo con picardía Medina.

—No tendremos más remedio que obedecer — secundó Charito, gozosa.

Cuando el coronel se hubo retirado, Medina atrajo a su novia hacia sí y la dijo mirándose en el fondo de sus ojos:

—¿Me perdonas, Charito?
—Si es verdad lo que me contaste anoche...

—¡Como el Evangelio, mi Charo querid!...

—Pues entonces, ¿qué voy a hacer?

Y feliz y contenta reelinó la cabecita loca en el pecho del hombre amado, pero... pero no pudo menos de murmurar:

—¡Me gustaría que estuviese ahora aquí esa escuchimizada de Trini, la bailarina!

FIN

Próximo número:

LA DELICIOSA NOVELA

AHORA Y SIEMPRE

por la popularísima "gran" artista **SHIRLEY TEMPLE**, Gary Cooper y Carole Lombard

EDICIONES BISTAGNE publica siempre lo mejor!

COLECCION USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales de

La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

- La viuda alegre.
El gran desafío.
Miguel Burroughs, o el
Guerra del Zar.
La princesa que supo
amar.
El noble adorno II.
Sin familia.
Mara Moerum.
Bautista el hombre que
vendía.
Hobbes.
El día de Montecristo.
Vida bohémica.
Zast.
Julián Juventud.
El judio errante.
La mujer desnuda.
La vie Ramona.
Castrova.
Rosa Imperial.
Don Juan el barón de
Merville.
Mucha novela.
El séptimo cielo.
Sean Oeste.
Los vencedores del fuero.
La mariposa de oro.
San-Hur.
El demonio y la carne.
La castellana del Libano.
La tierra de todos.
Trigalia.
El rey de reyes.
Bunga y arena.
La ciudad castigada.
Agallas triunfantes.
El serpiente Malacara.
El espíritu Borral.
El jardín del eden.
La princesa marfil.
Ramona.
Dos amantes.
El principe seductor.
Ana Maravilla.
El destino de la carne.
La mujer divina.
Alas.
Cuatro hijos.
El carnaval de S'evilla.
El ángel de la calle.
La última cita.
El enemigo.
Amantes.
La ballarina de la Opera.
Moulin Rouge.
Ben Ali.
Los cuatro diablos.
El día, payaso del
vulgo. Ve'ra.
La historia patética.
De chert muchacho.
Hontagla.
La ruta de Singspore.
La actriz.
Mister Wu.
Rencor.
El despertar.
La melodia del amor.
Las tres pasiones.
Cristina, la Holandesa.
Viva Madrid, que es
¡viva!
Quince blancas.
La comedia andalusa.
- Los crucados.
Icaros.
El mundo de Montecristo.
La mujer ligera.
Virgilio moderno.
El pagano de Tahiti.
Estrellas dichosas.
La senda del di.
Esto es al cielo.
Españoles.
Evangelina.
Oraciones salvajes.
El caballero.
Egipcios.
La miseria del diablo.
El pez suero de cada
da.
'Iaja bíblica.
Ovación.
'estación.
a pericleta.
El beso.
En la va a la guerra.
Los hijos de nadie.
El pescador de perlas.
Mara Isabel de Cortes.
Los crucados.
La canción de la guerra.
El precio de un beso.
La república del recuerdo.
Del mismo barro.
'estrellas.
nuestro de infantería.
Olimpo.
Monarca Sans-Ouá.
Sombras de gloria.
Mamba.
Molly (la gran parala).
- De frente... marchant
rim.
I prebido.
omance.
El gran charro.
Tempestad.
El dios del mar.
Anna Christie.
Savilla de mis amores.
Horizontes nuevos.
San-Hur (edición po-
lar).
La inconvertible.
El mal.
El pavo real.
Bajo el techo de París.
Wu-li-chang.
Montecristo.
Camino del infierno.
Mín caral.
Alalayal.
La mujer que amase.
Al compás de 3-4.
La princesa enamorada.
Amor de amor.
El gran desafío (edición
popular).
De Harry, mujer de pa-
sion.
La viuda alegre (edición
popular).
El ángel del infierno.
Cuerpo y alma.
El impostor.
Españoles a media.
- Esclavos de la nada.
Pau Calé.
Hay que caer al principio.
aspiración.
El proceso de Mary De-
gan.
Marrocos.
En cada puerto un amor.
Cocoso a la mujer?
El millón.
La mujer X.
Omnia alegre.
Mar de fondo.
a Roma sagrada.
a ley del harén.
La luna amarilla.
Vidas truncadas.
La fleur del mar.
Tahiti.
X. pasado amor.
Pape pierres largas.
Trider Horn.
Un yauqui en la corte
del rey Arturo.
El odio pueal.
La pura verdad.
Materiales, y el duracho.
a la vida (fuera de se-
rial).
Carbon (la tragedia de la
la mina).
Katharina.
Las peripetias de Shiggy.
¡Jaja vivalta!
El camino de la vida.
Nuevos de Viena.
Mamá.
Eran tres.
Chari-Bibi.
Béame otra vez.
Camiones de lujo.
Los hijos de la calle.
La divorciada.
Madame Ratón.
¿Cuándo te suicides?
Maritima.
El carne amartillo.
Honra a la madre.
En otros noches.
Las alegres chicas de
Viena.
Viva la libertad!
alvada.
7 tentado del amor.
Deliciosa.
Cielo rodado.
Amargo idioma.
Homer chive amantes.
Para alcanzar la luna.
El hombre que asesinó.
Hindawi.
La calle.
El prófugo.
Militia de paz.
Amor de medianoche.
Miguel Burroughs o el Co-
ran del Zar (edición po-
pular).
La hermana San Sulpicio.
El demonio y la carne
(edición popular).
a dama misteriosa.
a diables de la Vi-
gen.
- Pareja de boda.
Al Capone. (Páase en
Chilaga).
El último amor.
Machos de uniforme.
Marlón y trajar.
Mara-Hari.
Conspiración (fuera de se-
rial).
Catalanas.
Eres una vez en vida.
Nombres en mi vida.
Niada.
Hobbes.
redesable.
Tarde de los monjes.
El terror del hampe.
La vuelta al mundo por
Douglas Fairbanks.
Cinco bien.
Nación caudam.
Champ (El campeón).
La carga del jaguar.
Los amores de José Mi-
guel (fuera de serial).
El caballero de la noche.
Armen Legta.
La dama del di.
Amor en serie.
El pecado de Madalide
Clonien.
La casa de los muertos.
Ticases del cielo.
El proceso Drayton.
La vida de un gran es-
tada.
El último verano sobre la
Tierra.
amnesia.
Vulcanes Imperiales.
Taresita.
La pelirada de las estre-
llas. Grand Hotel (fu-
era de serial).
Soy un fugitivo.
Hollywood al desnudo.
Bunga roja.
El doctor X.
Sanna.
Primavera en otoño.
El tipo del destino.
Ella o ninguna.
El misterio de la sangra.
a azul del cielo.
El monarca de la ciudad.
El hombre que se rubi
del amor.
Luna Luna.
Marsufo de mujeres.
Mara calibobies.
La princesa de Givaria.
La mano rosada.
El rey de los planetas.
El serpiente X.
Los seis misterios.
Está editado moderno.
La novia de Maceda.
Basta al pesar.
El mayor amor.
El esposo fantasma.
Al despertar.
En robo de la Mamma.
a (La Gioconda).
a edad de amar.
Calvada.

Divorcio por amor,
 Desencuentro sin rumbo,
 Desencuentro valiente,
 Dime-Fugete-Quemate
 (Puede de serie),
 Los tres inconquistados
 (Los Secretos de
 celos),
 Milagro (Segunda parte de
 Los tres inconquistados),
 Nochebuena,
 La calle 43,
 Los dos huérfanos,
 Cabaigeta,
 Secretos,
 La feria de la vida,
 Una moqueta y una rubia,
 Como tú me desearas,
 El colibrí,
 El amor y la suerte,
 Una vida romántica,
 Rapsodia y la Zarina,
 Senor tiene un secreto,
 Se ven abos en Sing Sing,
 Heñados en Budapest,
 Milagro?
 Vivamos hoy,
 Ocho,
 Los criminales del museo,
 El secreto del mar,
 Mito latino angélico,
 No dejes la puerta abierta,
 Dos noches,
 La melódica prohibida,
 El primer derecho de
 voto,
 Caución de Orizaba,
 La canguara del general,
 Yea,
 Boliches,
 La vida oculta de Mari-
 cor VIII,
 Fra Diavolo,
 El pedrón ideal,
 El padre acortado,
 El hijo de la sarroquia,
 Lorry Lemon,
 Barru Coton,
 Yo, tú y ella,
 Un ladrón en la alacena,
 Un hombre de corbata,
 Guerra de Honda,
 El cantar de los castores,
 a Santa eterna,
 El rey de los ídolos,
 La Cruz y la Espada,
 i cuento del rubio,
 Adios a las armas,
 a mundana,
 Té eres tú!,
 Estalio de Rusia,
 Impuesto al consumo,
 auto,
 Oficio a la venta,
 Jé!,
 La hermana blanca,
 a Rosa Cristina de Su-
 da,
 O un solo deseo,
 Se ha fugado un preso,
 El error de los padres,
 a ciudad de cartón,
 loterías de la lotería,
 Mía Franchetta,
 El cast de la marina,
 El amor en el vuelo,
 El boxeador y la dama,
 Javiro de la tierra,
 Mujeres y i Don Juan,
 Alma de bellota,
 Tu ha sido sepia,
 No seas celoso,
 Deseo de caridadista,
 Aves sin rumbo,
 Simma es así,
 Pericla en la calle,
 Una noche en El Cairo,
 Rosa de medianoche,
 El ray de la plaza,
 Sobre el cielo,
 Las sorpresas del coche
 cama,
 Bol en la alave,
 Madras de hachadura,
 La portera de la librería,
 Granderos del amor,
 Siempre un mí sereno,
 Tarata y su compañera,
 El gato y el vitilo,
 Ros Angélica,
 Joder,
 Casanova,
 El primer amor,
 Bekim,
 Un capitán de marcos,
 El alar de la moda,
 La virgen de la roca,
 La herencia,
 Madame Du Berry,
 Especial nos noche,
 Monstruo en blanco,
 Puercos humanos,
 Vies la vida!,
 El negro que tenía el
 una blanca,
 Carolita,
 Cuenta abajo,
 Solo con un amor,
 El mundo cambia,
 Canción de una,
 Paz en la tierra,
 La dama del boulevard,
 La hermana San Sulpicio,
 El signo de la cruzeta,
 La dentura,
 Las fusturas del amor,
 Woodie Bar,
 La dama de las camelias,
 La doncella de postín,
 Caravana,
 Hombres del mañana,
 Así ama la mujer,
 La buena ventura,
 Nada más que una mujer,
 Dame por un día,
 La copia n.º 12,
 Lección casada necesita un
 cido,
 (Vive Villa!),
 Deseo un millonario,
 Historias del corazón,
 El socio de mamá,
 Madamocella Doctor,
 Las Vírgenes de Wimpole,
 Street,
 Los mil y dos noches,
 Al llegar la primavera,
 Madrid se divorcia,
 Toda una mujer,
 Yo como para ti,
 Ojos caribícosos,
 Al compás del amor,
 Registas de oro,
 La generalita,
 Por mal camino,
 La legión blanca,
 Grm Diable,
 Lo que los dioses destruy-
 ran,
 ¿Quién mató a Eva?
 Fiesta en palacio,
 Oro y plata,
 El fantasma del reuero,
 El amor que necesitan l-
 mujeres,
 Ángel de arroyo,
 Capturados,
 La Maternal,
 Los de 14 años,
 Fedora,
 Doy mi amor,
 Los claveles de la Virgen,
 Celos cosa linda,
 El implacador de mujeres
 Encadenada,
 Inevitable Accurina,
 El pen miente de cada día
 Toda inocencia,
 Barrer te lo irascomibles
 La hora pagada,
 El último contrabandista,
 El niño de las monedas
 Por unos ojos negros,
 Don Quilisto, el amargoso,
 El conaceno del rey,
 El beñido de la muerte,
 Abdul Hamid,
 La medrecita,
 Casquero a su mujer,
 El momento de Legardre,
 El conde de Montecristo,
 Julietta compra un libro,
 Carlos Clavel,
 Noblesse Bourne,
 El vicio quitado,
 Nuestra hulla,
 Amor de madre,
 Viciados de oro,
 Cuando el diablo aroma
 Plam Algría,
 Rosado la cortina,
 Grandes historias,
 Es mi hombre,
 Angeline a el honor de un
 beligeres,
 Estupido,
 La hira del pocal,
 La judonita,
 La pagada suonela,
 El cuerpo,
 No me olvidas,
 Reya de sol,
 El cantante de Nápoles,
 La nave de Están,
 La verbera de la pelotas,
 La hija de Joan Simón,
 La reina del barrio,
 El secreto de Juan María,
 La simpática huerfanita,
 El infico público n.º 1,
 Ana Karenina,
 El 113,
 David Copperfield,
 La ilusión de la culpa,
 Abajo los hombres!,
 Rosa de Francia,
 Con dulce angustia!

Que han constituido otros tantos éxitos para esta colección, conside-
rada la Biblioteca más amena, selecta e interesante

Ultimos grandes éxitos publicados por Ediciones Bistagne

La hija de Juan Simón
por Angellillo

La verbera de la paloma
por R. Rodrigo - Miguel Ligero

El secreto de Ana María - La simpática huerfanita - Ana Karenina
por Lina Yegros por Shirley Temple por Greta Garbo

El 113 - David Copperfield - ¡Abajo los hombres!
por E. Vilches por Fred Bartholomew por Carmelita Aubert

Rosa de Francia - Los claveles - Tango - Bar
por Rosita Díaz por María Arias por C. Gardel



Divorcio por amor,
Corazones sin recelo,
Corazones valientes,
Amor, Fugado-Damara
(muerte de amor),
Los tres inoportunos
(Los tres inoportunos de
1919).

Milady (Segunda de
Yos tres inoportunos
Reclutados).

La calle 42.

Los tres inoportunos

Calatrava.

Reclutados.

La feria de

Una tucera:

Como id uno

El valenciano

El amor y

Una vida

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Reclutados

Tú eres mi
piñón de
impiedad
esta
hora
jale

E. B.